

EL CAMPO LITERARIO PERUANO EN EL SIGLO XX
THE PERUVIAN LITERARY FIELD IN THE TWENTIETH CENTURY

Carlos García-Bedoya M.
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
cgarciabedoyam@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0002-1543-662X>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.199>

Fecha de recepción: 20.03.24 | Fecha de aceptación: 21.05.24

RESUMEN

Trazar una historia de los conflictos en el campo literario peruano en el siglo XX supone un arduo desafío. Un primer acercamiento a esta problemática puede partir de efectuar cortes sincrónicos en años específicos, lo que permitirá focalizar el análisis en nudos conflictivos puntuales, en coyunturas que revelan las dinámicas que atraviesan el campo literario. Se realizarán entonces cortes sincrónicos en el proceso literario peruano del siglo XX, con intervalos de diez años, lo que permite apreciar los cambios que van modificando la organización del campo. Se examinará cómo se posicionan los principales actores en cada coyuntura sincrónica; se evaluará sobre todo las trayectorias de los escritores, pero también las de los críticos, tanto del ámbito periodístico como del académico.

PALABRAS CLAVE: Historia, literatura, Perú, siglo XX, campo literario.

ABSTRACT

Summarize the history of the conflicts in the Peruvian literary field of the XX century is complex challenge. A first approach implies synchronic cuts in specific years; thus, it is possible to concentrate the analysis in conflictive knots that shows the dynamics of the Peruvian literary process in the XX century. Those cuts will be realized every ten years; this will allow us to appreciate the changes that modify the structure of the field. We will observe the positions taken by the different actors in each specific conjuncture; the focus is placed in the trajectories of writers, but also critics, both academic or journalistic.

KEYWORDS: History, Literature, Peru, XX century, Literary field.

La mirada del historiador de la literatura suele tener un sesgo retrospectivo: se evalúa la producción literaria de una etapa desde las valoraciones y los marcos conceptuales del presente del historiador. Este enfoque es por cierto imprescindible e inevitable, pero debe ser complementado con una mirada que atienda a la dinámica literaria, a las luchas y correlaciones de fuerza en el campo literario, desde la perspectiva vigente en el momento que constituye el objeto de estudio. Un ejemplo inicial permitirá apreciar esa divergencia. Hans Robert Jauss (1978, p. 56) apunta que en el año 1857 se publican en Francia dos novelas que abordan, con distintos enfoques, la problemática del adulterio femenino: *Fanny* de Ernest Feydeau y *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. La historia literaria ha canonizado la obra de Flaubert y ha relegado al olvido la de Feydeau, pero en 1857 *Fanny* fue uno de los más resonantes éxitos de la literatura francesa decimonónica, pues conoció trece ediciones, y opacó ante el público lector a *Madame Bovary*. Tener esto en cuenta resulta clave para captar cómo la novela de Flaubert marcó una ruptura decisiva con el horizonte de expectativas vigente en el momento.

En el caso peruano, se podría tomar el ejemplo del indigenismo. Desde la mirada retrospectiva, se suele situar el auge, el momento de mayor creatividad del indigenismo, entre las décadas del 20 y del 40 del siglo pasado. Tomás Escajadillo (1994) considera que la etapa de esplendor de la narrativa indigenista propiamente dicha, el indigenismo “clásico” u “ortodoxo”, se inicia en 1920 con los *Cuentos andinos* de López Albújar y se cierra en 1941 con la publicación de *Yawar Fiesta* de Arguedas y de *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría. Desde una visión retrospectiva, presentista, cabría suponer que en esos años el indigenismo ocupó una posición dominante en el campo literario peruano. Sin embargo, como se apreciará en detalle en su momento, las secuencias emergentes del indigenismo y la vanguardia, que alcanzan una alta visibilidad gracias a la revista *Amauta* (1926-1930), dirigida por Mariátegui, y también al esfuerzo de grupos y revistas que suelen combinar en esos años indigenismo y vanguardismo en variadas proporciones (el grupo Orkopata y el *Boletín Titikaka*, entre otros), no lograron consolidarse y su avance se vio trabado y hasta en buena medida revertido por el giro autoritario de los años 30, que instauró una atmósfera conservadora, reafirmando los viejos prestigios tradicionales. El indigenismo solo logrará consolidarse como secuencia dominante en el campo literario peruano hacia fines de los 50, con el retorno de Ciro Alegría después de su prolongado exilio y la difusión (y publicación) de sus obras, por largos años proscritas en el Perú; al mismo tiempo, se va consolidando el prestigio de Arguedas, a partir de la edición en la

Argentina de su novela más elogiada, *Los ríos profundos* (1958). El indigenismo se constituye así en la secuencia dominante en el campo literario peruano recién a finales de los años 50.

Un último ejemplo. Si se aborda la poesía peruana de los años 20, desde la mirada retrospectiva tendemos a privilegiar la floración de las vanguardias y la figura de César Vallejo, en especial su poemario *Trilce* (1922), que se ubica en el centro de ese panorama. No obstante, en el campo literario de esos años, las vanguardias poéticas aparecían como un fenómeno emergente, que cuestionaba el horizonte de expectativas de la mayoría de lectores (y también de críticos). Por ello, la denominación de vanguardia resulta especialmente adecuada: se trata de una avanzada de lo nuevo, grata sobre todo a la sensibilidad de minorías, en especial de las jóvenes generaciones. Vallejo era una figura emergente en el campo literario de la época, promovida con entusiasmo por algunas revistas, y en particular por Mariátegui, tanto en *Amauta* como en sus *Siete ensayos*. Pero incluso la sensibilidad de Mariátegui era más afín a *Los heraldos negros* que a *Trilce*, un libro que hoy nos parece central, quizá para muchos el más importante de la poesía peruana, pero que en su momento pasó bastante desapercibido e incomprendido. La figura dominante en el campo literario peruano de los años 20 seguía siendo la de José Santos Chocano, no por casualidad poeta coronado en esos años por el presidente Leguía. El horizonte de expectativas de la mayoría de lectores y críticos seguía dominado por el Modernismo literario. El análisis del campo literario y su conflictividad en cada momento histórico aporta pues una nueva dimensión que permite aprehender mejor la dinámica de la literatura.

Para acercarnos a la complejidad real de los procesos históricos, conviene examinar las luchas específicas en el campo literario en una coyuntura histórica dada. El enfoque de la estética de la recepción (Jauss, 1978), que llama la atención sobre el encuentro de horizontes, el necesario diálogo entre el horizonte en el que surge la obra (horizonte de producción) y el horizonte del lector o del crítico (horizonte de recepción), y enfatiza la importancia de reconstruir el horizonte de expectativas en el que surge una obra, debe complementarse con la teoría del campo literario (Bourdieu 1989-90,1992), un modelo de análisis que aborda a la literatura (más específicamente, el sistema literario canonizado escrito en español) como un campo de fuerzas en permanente conflicto.

Jauss propone un nuevo método de exposición de la historia literaria mediante una sucesión de cortes sincrónicos, pues la historicidad de la literatura se evidencia en las intersecciones entre sincronía y diacronía. Se debe por ello reconstituir el horizonte literario de un momento histórico en tanto sistema sincrónico (Jauss, 1978, p. 70). Añade el teórico alemán que “la coupe synchronique à travers la production littéraire d’un moment donné de l’histoire implique aussi nécessairement que d’autres coupes soient pratiquées en d’autres points, antérieurs et postérieurs, de la diachronie” (Jauss, 1987, p. 71). De esa manera, la sucesión de cortes sincrónicos permite apreciar la complejidad del proceso literario. Un poco en esa línea, Marc Angenot (1989) se propuso estudiar lo literario mediante un corte sincrónico en el heterogéneo corpus de los discursos sociales, centrando su atención en la Francia del año 1889. Una metodología análoga fue sugerida también por Antonio Cornejo Polar (1994): “Mi apuesta es que se puede (y a veces se debe) *historiar la sincronía*” (p. 18).

Trazar una historia de los conflictos en el campo literario peruano en el siglo XX supone un arduo desafío. Un primer acercamiento a esta problemática puede partir de efectuar cortes sincrónicos en años específicos, lo que permitirá focalizar el análisis en nudos conflictivos puntuales, en coyunturas que revelan las dinámicas que atraviesan el campo literario. El procedimiento metodológico consistirá entonces en realizar cortes sincrónicos en el proceso literario peruano del siglo XX, con intervalos de diez años, lo que permite apreciar los cambios que van modificando la organización del campo. Se ha escogido analizar el estado del campo, de manera un tanto arbitraria, en los años terminados en 8 (1908, 1918, etc.). En este primer acercamiento, se examinará cómo se posicionan los principales actores en cada coyuntura sincrónica; se evaluará sobre todo las trayectorias de los escritores, pero también las de los críticos, tanto del ámbito periodístico como del académico. Sería necesario considerar también a librerías y editores, pero en este aspecto la información está muy desperdigada y solo se incluirá en algún caso muy conocido. Otra faceta en la que la información resulta dispersa y poco sistematizada es la referida a la actividad literaria en ciudades del interior del país, que se incorporará entonces solo de modo parcial. Incluso en un campo literario débilmente estructurado como el peruano, un estudio más a fondo requerirá una revisión completa de la situación de las instituciones culturales-literarias, el rol de la crítica (periodística o académica), la respuesta del público lector, el rol de editoriales y librerías, etc., en la coyuntura estudiada. Esa tarea pendiente deberá ser fruto de una labor colectiva.

En un primer acercamiento, se graficarán las posiciones de los actores (principalmente escritores, o figuras intelectuales con incidencia en el ámbito literario, eventualmente algún editor) en el campo literario mediante un somero resumen correspondiente a un determinado corte sincrónico. Para delimitar los diversos posicionamientos, se recurrirá a categorías culturales diseñadas por Raymond Williams (1977): lo dominante, lo emergente, lo residual. Las posiciones dominantes son ocupadas por los autores que han logrado acumular mayor capital simbólico autónomo o propiamente literario, y que por ello gozan del máximo reconocimiento por parte de los diversos actores del campo: son figuras consagradas y/o canonizadas. Por cierto, el capital simbólico heterónimo, debido ya sea a factores económicos o políticos, no deja de tener significativas repercusiones en el campo literario, pero siempre mediadas por las reglas que estructuran el campo (Bourdieu, 1992). Posiciones emergentes corresponden a figuras que representan las nuevas tendencias o secuencias, y que se incorporan a la lucha por ocupar posiciones expectantes en el campo. Posiciones residuales corresponden a actores que representan secuencias o propuestas relegadas, y que se esfuerzan por preservar algún espacio de relevancia en el campo.

Si bien estas tres posiciones permiten graficar adecuadamente la ubicación en el campo de los actores en pugna, resulta conveniente complementarlas con otras dos posiciones. En efecto, los autores que expresan el afloramiento de lo nuevo pueden ubicarse en una posición de inicial surgimiento, todavía emplazados en una ubicación de cierta debilidad o escasa visibilidad; para esos casos se hablará propiamente de un posicionamiento emergente. Cuando algunas figuras adquieren mayor visibilidad y una relevancia que les permite representar un desafío a los sectores dominantes, no se trata ya de actores con un posicionamiento meramente emergente, sino de expresiones de una secuencia o corriente en claro auge: se designará a ese tipo de posición como ascendente. Por el otro lado, el término residual parece más adecuado para designar a autores representativos de secuencias confinadas en una posición marginal. En cambio, a autores representativos de secuencias o corrientes desplazadas, de expresiones de lo viejo, pero que tienen todavía fuerza suficiente como para constituir una amenaza a los sectores dominantes, se les ubicará en un posicionamiento declinante. Con estas cinco ubicaciones (dominante, emergente, ascendente, declinante y residual) se logrará graficar mejor los diversos posicionamientos, sobre todo de los actores principales, pero no únicos, los escritores, en un momento concreto de la lucha en el campo literario.

En el Perú, el surgimiento de un sistema literario escrito en español, ligado a las élites sociales y culturales, principalmente criollas, se produce en las últimas décadas del siglo XVI, en los inicios del periodo de estabilización colonial (García-Bedoya, 2000, 2021a). La actividad literaria se organiza según el conocido modelo de la ciudad letrada (Rama, 1984), que mantendrá su vigencia hasta bien avanzado el primer siglo de vida republicana. Ese modelo, fuertemente ligado con la hegemonía del Barroco de Indias, comienza a procesar importantes cambios con el advenimiento de las ideas ilustradas en la segunda mitad del siglo XVIII y la afirmación de una conciencia criolla que desembocará en el proceso emancipatorio y la fundación de una república bajo hegemonía de la élite criolla. La lógica de la ciudad letrada, con su articulación entre la literatura (o las bellas letras) y las instancias del poder, se mantendrá durante la primera mitad del siglo XIX, pero en su segunda mitad se producirán intentos de distanciar la esfera literaria (signada por lo estético) de la esfera del poder, como parte de los procesos de modernización social: la segunda mitad del XIX es, desde esta perspectiva, un momento de tránsito de la vieja lógica cultural de la ciudad letrada a la nueva y moderna de la autonomía del campo literario.

Como se ha explicado en trabajos anteriores (García-Bedoya, 2007, 2021a, 2021b), la autonomización del campo literario en el Perú se logra hacia principios del siglo XX, con el auge del modernismo (no solo en el Perú, sino en toda Hispanoamérica), en el marco de la relativa bonanza económica y estabilidad institucional que trajo la República Aristocrática. Para el caso francés, Pierre Bourdieu señala que la autonomía del campo literario se consigue en los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX, bajo el signo del “arte por el arte”, la afirmación de la dimensión estética de la literatura diferenciada de otras prácticas sociales; la figura representativa que escoge para ilustrar esa autonomización es la de Gustave Flaubert (Bourdieu, 1992). Sin embargo, uno de sus discípulos, Alain Viala, considera que, si bien el campo literario francés alcanza su plena autonomía en la segunda mitad del XIX, cabe hablar de un primer nivel de autonomización en el siglo XVII, cuando bajo Richelieu y luego Luis XIV se ponen en marcha instituciones culturales, la más relevante la Académie Française, que permiten una cierta diferenciación, en el ámbito letrado, de las “*Belles Lettres*” con una inicial vocación que cabe designar ya como estética (Viala, 1989).

Más allá de estos importantes debates historiográficos, parece pertinente, en sociedades tan poco estructuradas como las hispanoamericanas, tomar como referente la

propuesta original de Bourdieu, y por ende ligar la afirmación de la autonomía del campo literario con el triunfo de las doctrinas esteticistas que, como es sabido, alcanzan nítida expresión con el modernismo, que implicó, entre muchas otras cosas, un giro cosmopolita de la literatura hispanoamericana, que la liberó del peso inmovilista de la tradición española, pero que significó también la inserción del escritor en las lógicas (modernas) del mercado y la profesionalización, mediante sobre todo los canales del periodismo (Rama, 1970).

Sin embargo, en el caso peruano, se puede detectar intentos previos para afirmar la autonomía de lo literario. Un primer esfuerzo se produjo en los años anteriores a la Guerra del Pacífico. Los escritores afines al romanticismo, agrupados en el Club Literario, entre los que ya descollaba claramente Ricardo Palma y, poco después, las escritoras congregadas en las recordadas veladas literarias promovidas por Juana Manuela Gorriti (Denegri, 2004) fueron los impulsores de este temprano intento, que no cuajó en buena medida por el agotamiento de la prosperidad falaz basada en la extracción guanera y el consiguiente catastrófico desenlace del conflicto bélico con Chile. Un segundo intento, en los años inmediatamente posteriores a esa guerra, fue promovido sobre todo por una figura disidente en la ciudad letrada, Manuel González Prada, y el conjunto de escritores agrupado en el Círculo Literario, entre los que cupo un rol destacado a figuras femeninas como Clorinda Matto o Mercedes Cabello, experiencia que las difíciles circunstancias de un país postrado por las consecuencias del conflicto y que apenas iniciaba su reconstrucción, contribuyeron sin duda a frustrar.

1908

El primer corte sincrónico aborda el estado del campo literario peruano en 1908. Como se ha apuntado, un campo literario con niveles importantes de autonomía se configura en el Perú entre los últimos años del XIX y primeros años del siglo XX, bajo el régimen de la República Aristocrática (1895-1919). En 1908 se puede afirmar que existe ya ese campo (relativamente) autónomo. En el entresiglos peruano, tres destacados escritores, contemporáneos, pero no coetáneos, Ricardo Palma, Manuel González Prada y José Santos Chocano, representan, en opinión de Wáshington Delgado, un momento fundacional para la literatura nacional (Delgado, 1980), que interpreta ante todo como

distanciamiento de los tradicionales modelos hispánicos. La trascendencia de ese momento fundacional, que detecta con acierto el ilustre poeta y maestro, radica además (y esta es sin duda su dimensión central) en la afirmación de la autonomía ya conquistada por el campo literario peruano, en el que los tres autores mencionados ocuparán posiciones de notorio relieve.

Si bien es problemático fechar un momento preciso de autonomización del campo literario peruano, se puede tomar como hito referencial el año 1905, en el que Riva Agüero publica un primer panorama historiográfico, su *Carácter de la literatura del Perú independiente* (Riva Agüero, 1962). El discurso crítico-historiográfico configura así un primer esbozo de canon literario, en el que destacan ya nítidamente Ricardo Palma y sus *Tradiciones peruanas*. En años cercanos se publican libros tan importantes como los *Cuentos malévolos* (1904) de Clemente Palma o *Alma América* (1906) de José Santos Chocano, que ubican a la literatura peruana en plena ola modernista. Por otra parte, en el mismo año 1905, Adolfo Vienrich publica *Azucenas quechuas*, que visibiliza a los otros sistemas literarios, ligados a la oralidad y la lengua quechua, marcando un claro contraste con la literatura canonizada que concita la atención de Riva Agüero (Espino, 2004).

Como lo destacara ya Riva Agüero, Ricardo Palma (1833-1919) aparece pues en 1908 como la figura nítidamente dominante en el campo literario peruano recientemente autonomizado. Su trayectoria está por cierto estrechamente ligada con los sucesivos esfuerzos de afirmación de la autonomía de la esfera literaria en el siglo XIX. En los últimos años de la década del 40 y primeros de la del 50, formó parte del nutrido grupo de jóvenes románticos que inician con gran ímpetu su actividad literaria, al lado de figuras como Manuel Nicolás Corpancho, Carlos Augusto Salaverry, José Arnaldo Márquez o Luis Benjamín Cisneros. El entusiasmo romántico impulsaba a esos jóvenes bohemios a exaltar la dimensión estética, pero el intento era sin duda prematuro. Si bien la bonanza guanera parecía brindar condiciones materiales favorables, la tradicional sociedad peruana demandaba al escritor, al letrado, cumplir una función eminentemente cívica, de construcción de la nación y del estado. De hecho, al menos hasta el año 1872, fue Ricardo Palma un activo participante en las luchas políticas del momento, de las que salió fuertemente desengañado. En 1873, Palma y los ya consolidados y consagrados escritores románticos se agrupan en el Club Literario (que tuvo como antecedente, entre 1866 y 1873, a la Sociedad de Amigos de las Letras). En 1876, se sumará el importante contingente femenino, congregado en las Veladas Literarias promovidas por la escritora

argentina Juana Manuela Gorriti. Las condiciones parecían más favorables para alcanzar la ansiada institucionalización literaria: el primer gobierno civil del Perú, encabezado por Manuel Pardo (1872-1876), impulsaba un serio proyecto de organización social, que valoraba la dimensión educativa y podía incorporar el componente cultural. Pero si bien el marco político civilista parecía propicio, las urgencias económicas imponían su lógica, la prosperidad guanera se había desvanecido, y los anhelos institucionalizadores y modernizadores se vieron frustrados.

En la etapa de reconstrucción posterior a la Guerra del Pacífico, Palma participó en nuevos esfuerzos por configurar un campo literario autónomo, retomando desde el Ateneo la labor iniciada por el Club Literario. Palma desempeñó además un rol clave en la fundación (1887) y luego en la marcha de la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente de la Española, de la que llegará a ser por muchos años director. Sin embargo, en esta etapa de reconstrucción nacional, el impulso organizativo principal en el naciente campo literario corrió a cargo de los integrantes de una nueva generación, agrupados en el Círculo Literario, bajo el liderazgo de González Prada. Nuevamente, las urgencias sociopolíticas del país se impusieron a los anhelos estéticos, y la autonomización del campo literario quedó otra vez diferida.

Si bien en esos años de posguerra Palma se encontraba alejado de la política partidaria, no pudo sustraerse a una obligación cívica, la de liderar la reconstrucción de la Biblioteca Nacional, saqueada por los ocupantes chilenos, cuya dirección ocuparía ente 1884 y 1912. En esa etapa, su preeminencia literaria era indiscutible y su prestigio plenamente consolidado. Si bien había publicado abundante poesía, y en sus años juveniles, como sus compañeros de generación, había incursionado en el teatro, su reputación descansaba ante todo en sus celebérrimas *Tradiciones peruanas*. Su labor de investigación histórica, muy ligada con la redacción de sus tradiciones, fue fundamental en el proceso de nacionalización republicana del legado colonial (Cornejo Polar, 1989). Como en el caso de sus demás contemporáneos, su comunicación con el público se canalizaba fundamentalmente mediante el periodismo, destacando su participación en medios tan importantes como la *Revista de Lima* o *El Correo del Perú*. Su firma era muy cotizada, no solo en periódicos y revistas del Perú, sino de toda Hispanoamérica, que reproducían con especial constancia sus sabrosas tradiciones. El éxito de estas en el ámbito periodístico se vio refrendado por la publicación en volumen de las *Tradiciones peruanas*, comenzando en 1872 con la primera serie. El prestigio de Palma era reconocido

en toda Hispanoamérica, y por ello en el congreso realizado en España con ocasión de los 400 años del descubrimiento de América, fue el portavoz de las opiniones hispanoamericanas, aunque con poca fortuna, debido a la intransigencia purista de los académicos peninsulares.

Su rol destacado en diversas instituciones culturales y el aplauso general que concitaron sus *Tradiciones peruanas* permitió a Palma acumular un importante capital simbólico y constituirse tempranamente, sin duda desde antes de la Guerra del Pacífico, en la figura dominante de las letras peruanas. Como lo apuntara en su momento Riva Agüero, sus tradiciones eran consideradas la expresión más lograda de una literatura nacional de claro signo criollista: la comunidad nacional era imaginada desde la sensibilidad y la subjetividad criollas. Si bien Ricardo Palma procedía de la plebe limeña (era mulato) y su participación política lo había vinculado con el bando liberal, Riva Agüero vio a las tradiciones como expresión discursiva de un espíritu hispanista vinculado al criollismo señorial de las élites sociales, principalmente limeñas. Otros verán luego en la obra de Palma la expresión discursiva del *demos* criollo (Mariátegui, 1977). Más allá de esas polémicas, que cobrarán fuerza en una etapa posterior, el criollismo de Palma parecía compatible tanto con la subjetividad señorial como con la plebeya, y ello reafirmaba la representatividad de su obra y la primacía de su figura literaria. Si bien hacia 1908 Palma había en lo esencial completado su obra y se auto-ubicaba en una especie de retiro intelectual, su posición dominante en el campo literario peruano, aunque ya cuestionada severamente por González Prada y sus seguidores, permanecía incólume.

Por otro lado, dos importantes pensadores tuvieron amplio impacto en la vida literaria de la época. El primero, Jorge Polar (1856-1932), aunque más recordado como filósofo, ejerció honda influencia sobre los jóvenes afines al Modernismo, desde la enseñanza en la Universidad de San Agustín (de la que fue varias veces rector) como a través de su actividad periodística y literaria. En su tesis de 1896 sobre los modernistas peruanos, Francisco Mostajo destaca como iniciadores del modernismo en el Perú a González Prada, en sus ensayos y versos, y al propio Polar, sobre todo por su prosa (Mostajo, 1948). Su enfoque filosófico se vincula con la reacción antipositivista y con las nuevas tendencias espiritualistas en auge a fines del XIX (Sobrevilla, 1980); amplia repercusión tendrán en especial sus ideas estéticas. Pero la figura que ejerció un indudable liderazgo en esta reacción antipositivista fue la de otro filósofo, Alejandro Deustua (1849-1945). Es bien conocido que el auge espiritualista en la Hispanoamérica de fines del XIX

y el cuestionamiento al positivismo todavía hegemónico fueron factores clave que posibilitaron el ascenso de la nueva sensibilidad modernista, y el Perú no fue ajeno a esta tendencia general. Si bien los principales trabajos de Deustua (en especial sus escritos estéticos) se publicaron tardíamente, la influencia de sus ideas se hizo sentir desde su cátedra en la Universidad de San Marcos, en la que fue maestro, entre otros, de los jóvenes del grupo arielista (Riva Agüero, los García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde, José Gálvez). Polar y Deustua son pues figuras que podemos ubicar en el sector dominante del campo intelectual-literario peruano.

Durante el mismo periodo, Manuel González Prada (1844-1918) se propuso explícitamente desafiar el predominio de Ricardo Palma en la escena literaria (e intelectual) peruana. A sus ojos, Palma y sobre todo sus *Tradiciones*, representaban un pasado identificado con el peso de la herencia colonial hispánica. Cierta evocación teñida de nostalgia de la colonia expresaba la subjetividad de una élite criolla limeña, conservadora y clerical, a la que juzgaba además responsable principal de la catastrófica derrota nacional en la Guerra del Pacífico. Los modelos literarios de Palma, costumbristas y románticos, le parecían, a finales del siglo XIX, y aún más a principios del siglo XX, irremediabilmente arcaicos. Su apego a lo hispánico le parecía incompatible con los flujos de una modernidad que el Perú requería a gritos. El modernizador y cosmopolita González Prada se posicionaba como el antagonista necesario de Palma. Ese enfrentamiento cobraría pocos años después ribetes personales cuando Prada asumió la dirección de la Biblioteca Nacional.

En la etapa inmediatamente posterior a la Guerra con Chile, su prédica patriótica y revanchista tuvo amplio eco en la conciencia nacional. Lideró entonces, como se ha apuntado, importantes esfuerzos de autonomización e institucionalización de la actividad literaria, sobre todo con su rol protagónico en el impulso del Círculo Literario. Su magisterio gravitó ampliamente en los jóvenes escritores que por entonces surgían (Abelardo Gamarra, Manuel Moncloa, Carlos Germán Amézaga, entre otros) y en especial en las narradoras cercanas a la estética del realismo, como Mercedes Cabello o Clorinda Matto. Los aún más jóvenes escritores afines al Modernismo, surgidos en el entresiglo, veían en González Prada a un precursor y un referente. Factores heterónomos impidieron que lograra desplazar a Palma. A pesar de proceder de una familia encumbrada (a diferencia del plebeyo Palma) la radicalidad de sus ideas y su talante confrontacional lo arrinconaron a posiciones marginales en la escena literaria oficial, en

especial en su etapa de combativa militancia anarquista, que coincidió con los años de plenitud de la denominada República Aristocrática.

Justamente en 1908 publica su libro más contestatario y beligerante, *Horas de lucha*. A diferencia de su primera colección de ensayos, *Páginas libres* (1894), que tuvo amplia repercusión en los ambientes intelectuales peruanos, el libro de 1908 solo fue bien recibido por minorías de avanzada ideológica, aunque tuvo notorio impacto en los medios obreros que comenzaban a organizarse sindical y políticamente. Su constante apego al positivismo, con su vocación científicista y antirreligiosa, disonaba del auge espiritualista que se comenzaba a vivir en los medios intelectuales del país en los primeros años del siglo XX. Por otra parte, su valiosa obra poética conoció una limitada difusión. Algunos pocos poemas, que cimentaron su reputación lírica, circularon en periódicos y revistas. Su importante libro de 1901, *Minúsculas*, salió en una modesta edición casera de muy escasa circulación.

En el clima de balance nacionalista de la posguerra, dominado políticamente por la figura del héroe de la resistencia, Andrés Avelino Cáceres, la figura emergente de González Prada parecía encaminada a consolidarse en una posición privilegiada. Sus largos años de ausencia en Europa y su retorno en plena etapa de la República Aristocrática, dominada por la oligarquía criolla a la que combatió implacablemente, y más precisamente durante la presidencia de Nicolás de Piérola, el político al que más escarneció, marcaron su inevitable marginalización. Hacia 1908, cabe situarlo en una posición declinante en el campo literario peruano: figura conocida, pero controversial, con escaso predicamento en los cenáculos literarios más influyentes.

Acompañan a González Prada en esa posición declinante algunas figuras coetáneas, entre las que destaca Abelardo Gamarra, “El Tunante” (1850-1924), heredero de la veta costumbrista tan arraigada en nuestras letras. Se podrían añadir nombres como los de Manuel Moncloa y Covarrubias (1859-1911) o Joaquín Capelo (1852-1928), pero no se pretende elaborar elencos exhaustivos.

En una ubicación francamente residual cabe situar a un conjunto de escritoras que en los años posteriores a la guerra del Pacífico parecían destinadas a ocupar posiciones relevantes en el campo literario peruano, pero que pocos años después se vieron totalmente postergadas. Las figuras más connotadas eran sin duda las de Mercedes Cabello de Carbonera (1842-1902) y Clorinda Matto de Turner (1852-1909), pero a su

lado cabe recordar nombres como los de Teresa González de Fanning (1836-1918), Carolina Freyre de Jaimes (1844-1916) o Lastenia Larriva de Llona (1848-1924) (Denegri, 2004). Cabe añadir una escritora algo más joven, María Nieves y Bustamante (1861-1947), que con su novela *Jorge, el hijo del pueblo* (1892) logró importante renombre en su natal Arequipa, pero que luego no publicó nada más y quedó también en una posición residual.

En los años inmediatamente anteriores a la República Aristocrática, la irrupción femenina en las letras peruanas parecía incontenible. El giro conservador que se impone desde 1895 y el intransigente clericalismo promovido en especial por Piérola, implicaron el disciplinamiento de las subjetividades femeninas y el relegamiento de las escritoras a los márgenes de la ciudad letrada. La violencia, no solo simbólica, que ello implicó, se evidencia con la mayor claridad en los casos de Clorinda Matto y Mercedes Cabello. Ellas ocuparon importantes posiciones en la esfera pública, con destacada participación en los cenáculos literarios y en especial en el periodismo. La audacia de estas escritoras, quizá intolerable para una sociedad de fuerte cuño patriarcal, las llevó a sobresalir en las dos prácticas discursivas más características de la modernidad decimonónica: la prensa y la novela.

En la novela, Clorinda Matto abrió trocha al abordar la problemática del indio; sus reiteradas críticas al celibato sacerdotal le granjearon una visceral animosidad. Mercedes Cabello no solo legó algunas novelas valiosas, sino que se situó resueltamente en la vanguardia literaria: sus escritos teóricos la ubican como la mejor conocedora en el Perú de las poéticas del realismo y del naturalismo. Aunque leídas hoy el realismo de sus novelas no resulte de particular crudeza, en su momento generaron no solo controversia, sino verdadero escándalo. Cabe recordar que incluso en la más tolerante Europa, incluida la desinhibida Francia, el realismo y más aún el naturalismo, acarreaban una sulfurosa aura de inmoralidad; y en el pacato Perú, que una mujer fuera la pionera de tales extravagancias no podía dejar de tener graves consecuencias... Gracias a la tenaz labor de estas dos autoras (y en menor medida de otras escritoras), el género novelesco parecía encaminado a una próxima consolidación. Al ser ellas silenciadas, ese proceso quedó largamente postergado: los años de la República Aristocrática, a pesar del clima de relativa estabilidad y prosperidad, fueron poco favorables para el florecimiento de la novela, que comienza a retomar algún impulso en los años de la Patria Nueva leguista.

El orden establecido procedió a la implacable demolición de ambas autoras. La imprenta que dirigía Clorinda Matto fue destruida por las turbas pierolistas y ella se vio forzada a exiliarse en la Argentina, donde desplegó una importante labor en los campos de la educación y el periodismo. Pero en el Perú su nombre quedó apenas como un vago recuerdo. El caso de Mercedes Cabello fue aún más trágico. En *Blanca Sol* había puesto en evidencia la hipocresía moral de una dama de la alta sociedad; en *El conspirador* se había atrevido a presentar una visión paródica de la trayectoria política del mismísimo Piérola. Esas audacias le valieron un total ostracismo social, rematado por su posterior naufragio en la demencia. En 1908 se encontraba recluida en un manicomio y al año siguiente moriría relegada en el olvido.

Mientras tanto, algunos de los jóvenes modernistas venían en una acelerada trayectoria ascendente y ocupaban posiciones expectantes en el campo literario peruano. El caso más notorio era el de José Santos Chocano (1875-1934). Con apenas 20 años, la beligerante poesía cívica de *Iras santas* (1895) lo posicionó como el vate oficioso del pierolismo triunfante. Inmediatamente asumió el liderazgo de los jóvenes modernistas desde *La neblina* (1896-1897) y detentará desde entonces la conducción del movimiento en el país. Pronto se convirtió en una de las figuras más destacadas del Modernismo hispanoamericano, sobre todo con su poemario *Alma América* (1906), prologado por el mismísimo Rubén Darío. En 1908, su sólido prestigio nacional y continental lo situaba ya quizá en una posición dominante en el campo literario peruano, o muy cerca de lograrlo. En una posición no tan consolidada, pero sin duda ascendente, se ubica Clemente Palma (1872-1946). Hijo y cercano colaborador del tradicionalista, destacaba como el mayor cultor del relato modernista, con sus *Cuentos malévolos* (1904), prologados por Miguel de Unamuno; en 1908 sale a la luz la importante revista *Variedades* (1908-1932), en la que desempeñará un papel clave como crítico literario. En una posición cercana cabe situar a Enrique A. Carrillo (1877-1936), conocido por su seudónimo Cabotin, que cultivó la *nouvelle* o novela corta modernista en *Cartas de una turista* (1905) y que ya destacaba como uno de los primeros *chroniqueurs* o cronistas al uso modernista del periodismo nacional. A su lado cabe situar al aún más joven Leonidas Yerovi (1881-1917), que ya brillaba como poeta festivo de amplia resonancia popular y que ya cosechaba sus primeros éxitos en los escenarios teatrales con sus piezas de talante humorístico y costumbrista.

Un grupo de escritores todavía más jóvenes era el de los novecentistas o arielistas, impactados por las ideas americanistas de José Enrique Rodó y su *Ariel*. Encabezaba el

grupo José de la Riva Agüero (1885-1944), que con apenas 23 años se ubicaba en una trayectoria sin duda ascendente, pues había aportado ya un primer panorama del proceso literario nacional con su *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905). En una posición similar cabe ubicar también a Francisco García Calderón (1883-1953), quizá el más afín a las ideas del maestro uruguayo, y que había ya dado a luz en francés su importante ensayo *Le Pérou contemporain* (1907). Aunque había publicado poco, José Gálvez había alcanzado ya un importante reconocimiento y fue aclamado en 1908 como poeta de la juventud, por lo que cabe ubicarlo en un rumbo ascendente. Un poco al margen del grupo, pero también en un posicionamiento ascendente, cabe situar a un intelectual algo mayor, Javier Prado (1871-1921), cuyo pensamiento, muy trascendente en los medios académicos, incorporaba aún aspectos de la reflexión positivista, todavía influyente en un primer momento también en el joven Riva Agüero.

Otros integrantes del grupo arielista recién daban inicio a su obra y se les puede ubicar en una posición emergente. Uno primero, Ventura García Calderón (1886-1959), evidenciaba, junto a su hermano Francisco, el afrancesamiento grato al imaginario modernista, que marcaba cierta divergencia con el acendrado hispanismo de su gran amigo Riva Agüero. Otro pensador cercano al arielismo, que recién se iniciaba en la vida intelectual, era Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966). Cabe recordar también a varios escritores modernistas que no pertenecían al círculo arielista y cuya obra no gozaba de amplio reconocimiento: José Fiansón (1870-1952), Domingo Martínez Luján (1871-1933) o Enrique López Albújar (1872-1966). Igualmente, a José María Eguren (1874-1942), que para entonces solo había visto publicados en la prensa algunos de sus poemas, y al jovencísimo Abraham Valdelomar (1888-1919), que ya iniciaba precozmente su labor periodística. Aunque, como se ha explicado, el ambiente socio-cultural era poco propicio a la emergencia de voces femeninas, no dejaron de surgir algunas, entre las que cabe recordar la de Amalia Puga de Losada (1866-1963). Por último, resulta necesario evocar a una figura intelectual que logró cierto reconocimiento en el campo de la historia, Pedro Dávalos y Lissón (1863-1942), que bien pudo ser considerado como el principal novelista de la época de la República Aristocrática, pero cuyas novelas, entre las que destacan *La Ciudad de los Reyes* (1906) y *Manuel Pardo* (1915), no tuvieron entonces mayor repercusión, y no han recibido hasta la actualidad toda la atención que merecen.

En los años finales de la República Aristocrática, José Santos Chocano gozaba, a pesar de vivir largos años fuera del país, o quizá por ello mismo, de una indiscutible posición dominante en el campo literario peruano. Reconocido como una figura central del modernismo hispanoamericano, su fama continental aureolaba su figura de un prestigio incomparable. En una posición cercana se ubicaba Clemente Palma, tanto por su obra literaria como por su labor en la crítica periodística. En la crítica académica, Riva Agüero ocupaba una posición de indiscutible predominio. Otras figuras procedentes del arielismo podían ubicarse también en una posición dominante: el poeta José Gálvez, el ensayista Francisco García Calderón, el cuentista Ventura García Calderón, autor además de una influyente antología de la literatura peruana, *Del romanticismo al modernismo* (1910). A ellos cabe añadir las prestigiosas figuras intelectuales de Alejandro Deustua, Jorge Polar, y sobre todo Javier Prado.

Abraham Valdelomar, escritor aún muy joven, pero con una obra nutrida y diversa, en la poesía, el ensayo, la crónica periodística, el teatro, la *nouvelle* y en especial en el cuento, era el líder indiscutible de las juventudes de avanzada, sobre todo provincianas, que nucleó en el grupo y la revista *Colónida*; maestro indudable de la narrativa modernista, con sus relatos fantásticos o sus cuentos incaicos, sus narraciones criollistas abrieron trocha nueva en la literatura nacional. Por todo ello, cabe ubicarlo también en el polo dominante del campo.

Ricardo Palma, ya muy anciano, conservaba un amplio reconocimiento, pero era percibido ya como una figura del pasado, por lo que cabe asignarle un posicionamiento declinante. Lo propio se puede decir de González Prada, que gozaba de numerosos admiradores entre los jóvenes intelectuales, pero que, arrinconado por el establishment, nunca logró ocupar una posición dominante en el campo literario. En posiciones residuales podemos ubicar a algunos autores como Joaquín Capelo o Pedro Dávalos y Lissón, y sobre todo escritoras como Teresa González de Fanning, Lastenia Larriva de Llona, María Nieves y Bustamante o Amalia Puga de Losada.

José María Eguren, que ya había publicado sus dos libros fundamentales, *Simbólicas* (1911) y *La canción de las figuras* (1916), era sin duda una figura ascendente en las letras peruanas, pero solo reconocido por los escritores de avanzada, en especial

los nucleados en torno a *Colónida*, y con escasa repercusión en la escena oficial. Otros escritores que cabe ubicar en posiciones ascendentes son Enrique A. Carrillo y los más jóvenes Enrique Bustamante y Ballivián (1883-1937) y Alberto Ureta (1885-1966).

Un nutrido contingente de jóvenes escritores aparecen en posiciones emergentes. Cabe mencionar algunos nombres cercanos a *Colónida* y a la figura de Abraham Valdelomar, como el narrador Augusto Aguirre Morales (1888-1957), el poeta Percy Gibson (1885-1960) o los periodistas Federico More (1889-1955) o José Carlos Mariátegui (1894-1930), entonces en su todavía poco estudiada “edad de piedra”; en ambientes periodísticos cercanos cabe situar también a César Falcón (1892-1970). Otros jóvenes poetas emergentes son Luis Fernán Cisneros (1882-1954) o Juan Parra del Riego (1894-1925), que se establecerá en Uruguay, donde desarrollará la mayor parte de su breve carrera literaria. Otro escritor peruano que hizo carrera fuera del país, en su caso en España y con bastante éxito, sobre todo en el teatro, fue Felipe Sassone (1884-1959). En posiciones emergentes conviene también ubicar a autores mayores que no habían alcanzado amplio reconocimiento, como José Fiansón, Domingo Martínez Luján o Enrique López Albújar; igualmente al periodista e influyente crítico de arte y literatura Luis Varela y Orbegoso (1878-1930), conocido por su seudónimo *Clovis*.

Un rasgo muy importante del momento es la intensa actividad literaria en el interior del país, con la eclosión de diversos actores emergentes. En Trujillo comienza ya a destacar César Vallejo (1892-1938), que recién publicará su primer libro *Los heraldos negros* al año siguiente (aunque con fecha de 1918). En Trujillo también despuntan jóvenes figuras intelectuales como Antenor Orrego (1892-1960) y Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979). En Arequipa destacan los nombres de César Atahualpa Rodríguez (1889-1972), Alberto Guillén (1897-1935) o Alberto Hidalgo (1897-1967). Cabe recordar también al escritor amazónico Genaro Ernesto Herrera (1862-1941). Algunas autoras asoman en el panorama, como Zoila Aurora Cáceres (1872-1958) y Angélica Palma (1878-1935); el ser hijas de personalidades muy destacadas (Andrés Avelino Cáceres y Ricardo Palma, respectivamente), las ayudó quizá a superar la misoginia prevaleciente en el clima intelectual de la República Aristocrática. Cabe finalmente mencionar a figuras intelectuales ligadas al indigenismo inicial, como Dora Mayer (1868-1959) y Pedro Zulen (1889-1925), impulsores de la Asociación Pro-Indígena (en la que también participó Joaquín Capelo) o Uriel García (1889-1965).

El régimen de Leguía (1919-1930) trajo importantes novedades en la sociedad peruana, y también en el campo literario. El estado oligárquico, que alcanzó su expresión más acabada bajo la República Aristocrática, comenzó entonces su prolongada crisis. La descomposición de las estructuras agrarias tradicionales del gamonalismo serrano, la emergencia de las capas medias, la organización del movimiento obrero, el surgimiento de ideologías como el aprismo y el socialismo que desafían al orden oligárquico, son algunos de los rasgos más notorios de esos años. Leguía, que llega al poder canalizando el descontento contra la República Aristocrática, permitió, sobre todo en los primeros años de su gobierno, cierta apertura política y propició algunas medidas reformistas, aunque pronto su régimen irá asumiendo rasgos autoritarios. Esas nuevas circunstancias, esos nuevos actores y esas nuevas ideas posibilitaron la emergencia de tendencias innovadoras en el campo literario: el indigenismo y las vanguardias. Hacia 1928, esas nuevas corrientes venían ocupando posiciones de creciente importancia.

A pesar de ello, la escena literaria oficial aparece dominada todavía por figuras del pasado, conectadas con los círculos del poder. José Santos Chocano, poeta coronado por el régimen, sigue siendo una figura de gran prestigio nacional y continental, aunque ya es cuestionado por sectores importantes de la intelectualidad juvenil. El asesinato de Edwin Elmore no solo le atrajo enemistadas implacables (como la de Mariátegui), sino que lo forzó a exiliarse en Chile. De hecho, lo mejor de su obra pertenecía a un pasado algo lejano (la primera década del siglo), pero el capital simbólico acumulado le permitió preservar su privilegiada posición literaria. El otro escritor que mantiene su posición dominante es Clemente Palma, muy cercano al gobierno de Leguía, con una obra narrativa consolidada, y con gran influencia en el periodismo y la crítica literaria. De las figuras ligadas al llamado grupo arielista, quizá el único que podría ubicarse en el polo dominante del campo es José Gálvez, que gozaba de importante reconocimiento como poeta y también en el ámbito académico.

Los demás arielistas, aunque contaban con una obra valorada, quedaron relegados por su hostilidad al régimen de la Patria Nueva y porque eran además percibidos como los intelectuales orgánicos de la vieja oligarquía. De hecho, casi todos ellos tuvieron que marchar al exilio, lo que debilitó sus conexiones con la escena intelectual nacional. En

posiciones declinantes cabe pues ubicar a José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Francisco García Calderón o también Ventura García Calderón, quizá el que mantenía un mayor reconocimiento, gracias a su producción cuentística. Cabe incluir en posiciones similares a autores como Enrique A. Carrillo, Alberto Ureta o Luis Fernán Cisneros. Igualmente, a escritores procedentes del grupo *Colónida*, como Percy Gibson o Augusto Aguirre Morales.

Muchas otras figuras pueden ser ubicadas en posiciones residuales. Poetas como José Fiansón o Domingo Martínez Luján. El novelista Pedro Dávalos y Lissón. El escritor amazónico Genaro Ernesto Herrera. El crítico y periodista Luis Varela y Orbegoso. Intelectuales como Alejandro Deustua o Jorge Polar. Y por cierto un nutrido contingente de escritoras: María Nieves y Bustamante, Amalia Puga de Losada, Dora Mayer, Zoila Aurora Cáceres, Angélica Palma.

Como se adelantó, las nuevas tendencias indigenistas y vanguardistas iban ocupando posiciones cada vez más relevantes en el campo literario peruano. Sin embargo, el cercano colapso del leguismo en 1930 y el giro conservador consiguiente en la sociedad peruana, impidieron su posible acceso al polo dominante. La revista *Amauta* (1926-1930) fue el órgano principal de las nuevas tendencias intelectuales y literarias (también políticas). José Carlos Mariátegui, su director, fue la figura clave y el propagador decisivo de las nuevas ideas. Su temprana muerte, con apenas 35 años, evitó quizá que lograra pasar de una vigorosa posición emergente a una dominante, aunque es probable que su talante disidente lo hubiera marginalizado en el contexto de la restauración oligárquica de los años 30. Otra figura con un nítido posicionamiento ascendente es César Vallejo. Aunque su poemario *Trilce* (1922), hoy considerado una de las cumbres de la vanguardia latinoamericana e incluso mundial, no fue en su momento ni muy valorado ni bien comprendido, y algo similar sucedió con las prosas de *Escalas* (1923), su primer libro *Los heraldos negros* (1919) ya lo había consagrado como una figura lírica mayor. Aunque residente desde 1923 en Europa, se mantenía en constante contacto con los grupos intelectuales de avanzada del país, que lo reconocían como figura emblemática de la nueva poesía.

En una posición similar se puede ubicar a José María Eguren, el otro poeta apreciado por los cenáculos literarios juveniles, pero con limitada presencia en los ámbitos oficiales. Enrique Bustamante y Ballivián ocupa también una posición análoga.

Algunos poetas más jóvenes que cabe ubicar en una trayectoria ascendente son Alberto Guillén y Magda Portal (1900-1989), muy elogiados por Mariátegui. Caso peculiar es el de Alberto Hidalgo, uno de los más inquietos e infatigables exploradores de la vanguardia lírica hispanoamericana. Fue el editor principal del *Índice de la nueva poesía americana* (1926), la más importante antología lírica del momento, que publicó en colaboración nada menos que con Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, e incluso llegó a ser propuesto para el premio Nobel. Sin embargo, quizá por haber desarrollado la mayor parte de su carrera literaria en la Argentina, no ha recibido toda la atención merecida por parte de la crítica peruana, y por ser peruano su obra no ha sido muy estudiada por la academia argentina.

Un narrador en trayectoria ascendente es Enrique López Albújar. Con una carrera literaria ya prolongada, serán recién sus obras de la década del 20 las que le significarán un amplio reconocimiento. Por sus *Cuentos andinos* (1920) es considerado el iniciador del relato indigenista. Su novela *Matalaché* (1928) representó, en el limitado ambiente literario del país, casi un suceso de escándalo, pues se atrevía a abordar una temática controversial y entonces tabú para el pacato público lector peruano, el de la miscegenación. En ubicaciones similares cabe situar a intelectuales como Luis E. Valcárcel (1891-1987), adalid por entonces del indigenismo más combativo con su *Tempestad en los Andes* (1927), o los historiadores Raúl Porras (1897-1960) y Jorge Basadre (1903-1980), figuras protagónicas de la lucha por la reforma universitaria. Igualmente, a figuras identificadas con el APRA, como Luis Alberto Sánchez (1900-1994), que ya venía destacando en la crítica y la historia literaria, Víctor Raúl Haya de la Torre, el futuro jefe máximo del Partido Aprista, y gran protagonista de la política peruana durante más de medio siglo, ambos también destacados líderes de la reforma universitaria, a los que cabe agregar Antenor Orrego, junto con Haya compañero de andanzas juveniles de César Vallejo en el trujillano grupo Norte.

En posiciones emergentes cabe situar a escritores provincianos como Alcides Spelucín (1897-1976) o José Eulogio Garrido (1888-1967), ambos ligados al Grupo Norte y la bohemia de Trujillo, o César Athualpa Rodríguez, que lideraba en Arequipa el grupo de El Aquelarre. En el más innovador núcleo de la vanguardia andina, con su sincretismo de audaz experimentalismo y acendrado indigenismo, el grupo Orkopata y su *Boletín Titikaka* (1926-1930), destacan Gamaliel Churata (seudónimo de Arturo Peralta, 1897-1969), que desarrollará desde la década de los 30 la mayor parte de su actividad literaria

en Bolivia, y su hermano el poeta Alejandro Peralta (1899-1973). Muchas otras revistas, generalmente efímeras, permitieron la aparición de numerosos jóvenes exponentes de la vanguardia, como Serafín Delmar (seudónimo de Reynaldo Bolaños, 1899-1980), Adalberto Varallanos (1903-1929), Juan Luis Velázquez (1903-1970), Carlos Oquendo de Amat (1905-1936), con su audaz libro *5 metros de poemas* (1927), y el jovencísimo Martín Adán (seudónimo de Rafael de la Fuente Benavides, 1908-1985), que en 1928, con apenas 20 años, acaba de publicar la breve novela poética *La casa de cartón*, una de las muestras más sobresalientes de la narrativa de vanguardia en América Latina.

Entre los narradores, los nombres representativos de la producción emergente son Manuel Beingolea (1881-1953), Carlos Camino Calderón (1884-1946), César Falcón (1892-1970), cercano amigo de Valdelomar y de Mariátegui, que residirá muchos años en España, donde realizará amplia actividad intelectual, y sobre todo política, en favor de la República española, María Wiese (1894-1964) y José Diez Canseco (1904-1949). Finalmente, conviene mencionar a figuras intelectuales como el filósofo Mariano Iberico (1892-1974), el educador José Antonio Encinas (1888-1958) y a los pensadores indigenistas Uriel García e Hildebrando Castro Pozo (1890-1945).

1938

La gran crisis desatada por el crack de la bolsa de Nueva York de 1929 y el tenso ambiente de confrontación político-ideológica de los años anteriores a la segunda guerra mundial tendrán hondas repercusiones en el Perú. La catástrofe económica internacional terminó por hacer colapsar al ya desgastado régimen de Leguía. A nivel nacional, la polarización enfrentó a las fuerzas que buscaban restaurar la hegemonía de los tradicionales sectores oligárquicos con aquellas que buscaban modificar aquellas arcaicas estructuras. Muerto prematuramente Mariátegui, el liderazgo de las fuerzas contestatarias fue asumido por el Partido Aprista y su jefe Haya de la Torre. En el otro bando, más allá de la organización de un partido de impronta facistoide, la Unión Revolucionaria, luego de la muerte de su caudillo Sánchez Cerro, la conducción recaerá en el propio ejército. El enfrentamiento entre apristas y militares ensangrentará al país, y dará lugar a gobiernos de extremo autoritarismo bajo la conducción de las fuerzas armadas, contando con la colaboración del personal político e intelectual supérstite de la República Aristocrática. La nutrida

militancia aprista atravesará los años 30 y parte de los 40 en las catacumbas de la acción clandestina o el eventual exilio, y algo similar ocurrirá con otros sectores disidentes.

La atmósfera intelectual de la década del 30 llevará el sello de un marcado conservadurismo, de una auténtica restauración oligárquica. Las tendencias ascendentes de los años 20 se vieron constreñidas y los valores del pasado recuperaron su preponderancia. En el campo literario, son figuras vinculadas con el arielismo o generación del 900 las que recuperan posiciones dominantes. Ventura García Calderón era sin duda el escritor peruano que gozaba de mayor prestigio internacional. Cultivó la poesía, el ensayo, el teatro y la crónica, pero su reconocimiento descansaba ante todo en su muy apreciada obra cuentística, que circulaba además con mucho éxito en francés, lengua que dominaba a la perfección. Por ello, la Academia Francesa quiso incorporarlo a sus filas, pero no aceptó, pues se le demandaba para ello renunciar a la nacionalidad peruana. En 1934 se presentó incluso su candidatura al Premio Nobel de literatura. Gran influencia tuvo en el campo literario nacional la *Biblioteca de Cultura Peruana* (1938), auspiciada por el gobierno de Benavides, que él dirigió, selección en doce tomos de obras representativas que constituyó en su momento la visión dominante del canon literario nacional (García-Bedoya, 2007). La figura intelectual más gravitante era sin duda la de José de la Riva Agüero. Retornado de su prolongado exilio a la caída de Leguía, ocupó importantes posiciones políticas. Asumió la presidencia de la Academia Peruana de la Lengua, desactivada prácticamente durante el Oncenio. Sus trabajos de crítica e historia literaria gozaban de gran autoridad. Otra figura intelectual de mucho peso, con amplia trayectoria en la política, la diplomacia y el ámbito académico, fue Víctor Andrés Belaúnde, además impulsor de la influyente revista *Mercurio Peruano*. Por último, cabe ubicar en el polo dominante del campo al poeta José Gálvez, también con destacada trayectoria política y académica.

En una posición declinante conviene situar en cambio a Francisco García Calderón que, luego de sus importantes ensayos juveniles escritos sobre todo en francés, había dejado casi de publicar y tenía mínima presencia en el mundo letrado. Igualmente, a poetas coetáneos como Alberto Ureta, Percy Gibson o Luis Fernán Cisneros, y a una figura intelectual mayor como Alejandro Deustua. Por último, a Clemente Palma, marginalizado en buena medida por sus afinidades leguistas, y a José María Eguren, cuyo prestigio no lograba aún trascender más allá de un público literario de avanzada. En posiciones residuales se puede ubicar a autores como César Falcón, César Atahualpa

Rodríguez, Federico More, Augusto Aguirre Morales, José Eulogio Garrido, Manuel Beingolea y Pedro Dávalos y Lissón. Asimismo, a las escritoras Zoila Aurora Cáceres y María Wiese. Por último, al filósofo Mariano Iberico, el educador José Antonio Encinas y a los pensadores indigenistas Uriel García e Hildebrando Castro Pozo.

César Vallejo sigue ocupando una posición ascendente en el campo literario. Si bien la poesía escrita durante su ya prolongada estadía europea se difundirá después de su muerte (que ocurrirá ese mismo año), seguía siendo un referente para los sectores de avanzada (literaria y política). En posiciones cercanas cabe ubicar a poetas de vanguardia como Alberto Hidalgo o Magda Portal. Un narrador que se sitúa en una trayectoria ascendente es López Albújar, que con sus *Nuevos cuentos andinos* (1937) se reafirma como figura clave del indigenismo. Otro narrador en curso análogo es José Diez Canseco, con los relatos criollistas de *Estampas mulatas* (1930) o su novela urbana *Duque* (1934). Luis E. Valcárcel, afín también al indigenismo, alcanza influyentes posiciones en el ámbito académico. En el sector ascendente del campo se puede ubicar también a los historiadores Raúl Porras y Jorge Basadre. Hay que añadir a los principales intelectuales ligados al APRA, que vivieron esos años en la clandestinidad o el exilio: el propio Haya de la Torre, Antenor Orrego y Luis Alberto Sánchez, cuya obra adquiriría creciente influencia en la historiografía literaria.

En posiciones emergentes se mantienen autores con una trayectoria importante, pero que no han logrado abrirse paso en el panorama conservador de la época. Mencionemos al narrador Carlos Camino Calderón y al poeta Alcides Spelucín. También a destacados autores procedentes de las canteras de vanguardia: Gamaliel Churata (entonces residente en Bolivia), Alejandro Peralta, Serafín Delmar y Martín Adán. Un conjunto nutrido de nuevos actores emerge en la escena literaria. Poetas ligados con las vanguardias, como los hermanos Ricardo (1896-1939) y Enrique Peña Barrenechea (1904-1988), Nicanor de la Fuente (conocido por su seudónimo Nixa, 1904-2009), Xavier Abril (1905-1990), César Moro (seudónimo de Alfredo Quíspez Asín, 1903-1956) y Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001), estos dos últimos muy vinculados a la corriente surrealista (o parasurrealista). Poetas que se sitúan en el gozne entre vanguardia e indigenismo (se habla incluso por entonces de poesía “cholista”): Emilio Armaza (1902-1980), Emilio Vásquez (1903-1986), Guillermo Mercado (1904-1983), Luis de Rodrigo (1904-1989) (vinculados todos al puneño grupo Orkopata), José Varallanos (1908-1997) o Luis Fabio Xammar (1911-1947), también destacado en el ámbito académico. Por

último, algunos poetas aún más jóvenes, como José Alfredo Hernández (1910-1962), Luis Valle Goicochea (1911-1953), Manuel Moreno Jimeno (1912-1993) y Vicente Azar (seudónimo de José Alvarado Sánchez, 1913-2004).

Entre los narradores que emergen en el panorama literario hay que destacar en primer lugar a los que serán las figuras más connotadas del indigenismo. Ciro Alegría (1909-1967) publica sus primeras novelas, *La serpiente de oro* (1935) y *Los perros hambrientos* (1938), en el exilio chileno y allí obtiene importantes premios literarios; desterrado y perseguido por su militancia aprista, su obra tiene entonces limitada repercusión en el Perú. A su vez, José María Arguedas (1911-1969) se da a conocer con su libro de cuentos *Agua* (1935); Arguedas fue también muy activo en la solidaridad con la república española y un entusiasta promotor de la peña Pancho Fierro, importante espacio de encuentro de la intelectualidad. Cabe añadir los nombres de Francisco Izquierdo Ríos (1910-1981) y Fernando Romero (1905-1996), narradores que incursionaron en el espacio amazónico. Varias figuras emergentes surgen en el sector académico: Aurelio Miró Quesada (1907-1998), Arturo Jiménez Borja (1908-2000), Estuardo Núñez (1908-2013), Augusto Tamayo Vargas (1914-1992) y Alberto Tauro del Pino (1914-1994). Por último, figuras femeninas como la poeta Catalina Recavarren (1904-1992) y la novelista Rosa Arciniega (1909-1976), que redactó y publicó sus principales novelas en España, con significativo éxito.

1948

El final de la segunda guerra mundial propició un clima de democratización en América Latina. En el Perú, el gobierno de Bustamante y Rivero (1945-1948) significó una inédita apertura política e intelectual. En la coalición gobernante le cupo un rol fundamental al aprismo, aunque pronto las pugnas con sus aliados fueron debilitando al régimen, que fue derribado en 1948 por un golpe militar que puso fin al breve interregno democratizador. En esas circunstancias, en el polo dominante del campo se ubican algunas figuras tradicionales junto a otras que recién acceden a posiciones de predominio. Escritores que mantienen su condición dominante son el reconocido narrador Ventura García Calderón, el autor peruano de mayor prestigio internacional, junto al poeta José Gálvez y a Víctor Andrés Belaúnde, influyente intelectual que ejercerá durante largos años la presidencia

de la Academia Peruana la Lengua, como sucesor de Riva Agüero. Entre los escritores que han logrado acceder a posiciones dominantes destaca en primer lugar López Albújar, escritor veterano, pero que en las últimas décadas había consolidado una importante producción narrativa. En el ámbito académico, la figura de Luis Alberto Sánchez dominaba ya la historiografía literaria nacional. A su lado se podría colocar finalmente al líder del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre.

En curso declinante cabe ubicar a poetas como Alberto Ureta, Alcides Spelucín, Alberto Hidalgo o Magda Portal. También a los narradores Carlos Camino Calderón y José Diez Canseco. Igualmente, a los ensayistas Antenor Orrego y Mariano Iberico. En posiciones residuales se debe ubicar a una amplia lista de escritores. Ensayistas como el arielista Francisco García Calderón o los indigenistas Uriel García e Hildebrando Castro Pozo. Los narradores Manuel Beingolea, José Eulogio Garrido y César Falcón. Los escritores procedentes de la vanguardia como Serafín Delmar o Juan Luis Velázquez, y sobre todo los vinculados a la vanguardia indigenista, como Gamaliel Churata, Alejandro Peralta, Emilio Armaza, Emilio Vásquez, Guillermo Mercado, Luis de Rodrigo, y José Varallanos. Finalmente, autoras como María Wiese, Catalina Recavarren y Rosa Arciniega.

En posiciones ascendentes se ubican los narradores más representativos del indigenismo. Ciro Alegría, que ya había publicado su novela más importante, *El mundo es ancho y ajeno* (1941), que le valió un muy prestigioso premio continental; todavía proscrito y en el exilio, su obra estaba prohibida en el país, lo que mediatizó su impacto en el campo literario peruano. José María Arguedas, con una obra ya importante, aunque no tan exitosa, estaba bastante mejor conectado con los círculos intelectuales del país. Emilio Adolfo Westphalen, cuyos poemarios de la década del 30 habían tenido escaso eco, y que no volvió a publicar poesía hasta mucho más tarde, se proyectó como figura ascendente gracias a su papel en la dirección de la revista literaria y cultural más importante del momento (y una de las mejores de nuestra historia literaria), *Las Moradas* (1947-1949), en la que colaboraban muchas de las mayores personalidades intelectuales de la época, como Arguedas, que desde sus páginas y con el entusiasta apoyo del director, realizó una labor pionera en la difusión de la cultura andina. Otro colaborador destacado de la revista y gran amigo de Westphalen, que podría ubicarse en similar curso ascendente, era César Moro, cuya poesía surrealista, escrita en gran medida en francés, así como sus años de residencia en México, lo vincularon estrechamente con las

vanguardias internacionales. Martín Adán, otro poeta con un posicionamiento análogo, era también colaborador de *Las Moradas*. En similar posicionamiento cabe ubicar a figuras relevantes del quehacer académico: los críticos literarios Aurelio Miró Quesada y Augusto Tamayo Vargas, así como los historiadores Raúl Porras, Jorge Basadre y Luis E. Valcárcel.

Nuevas figuras aparecen en posiciones emergentes. El combativo poeta Luis Nieto (1910-1997). El poeta andino Mario Florián (1917-1999). Julio Garrido Malaver (1909-1997), integrante del grupo de los Poetas del Pueblo, ligado a la acción político-propagandística del Partido Aprista, y antecedente de la poesía social de los 50, junto a poetas mayores como Alberto Hidalgo, y otros jovencísimos, como Gustavo Valcárcel (1921-1990) y Manuel Scorza (1928-1983), que luego se distanciarán del aprismo. Poetas de la incipiente generación del 50, como Jorge Eduardo Eielson (1924-2006), asimismo destacado artista plástico, Javier Sologuren (1921-2004) y Sebastián Salazar Bondy (1924-1965), también dramaturgo, narrador, ensayista e influyente crítico literario; estos tres habían publicado la importante antología *La poesía peruana contemporánea* (1946), referente de la llamada “poesía pura” de la generación del 50. En la narrativa, nuevas figuras emergentes son las de Francisco Vegas Seminario (1899-1988), los indigenistas Porfirio Meneses (1915-2009) y Manuel Robles Alarcón (1916-1998), el novelista amazónico Arturo Hernández (1903-1970) y las narradoras Carlota Carvallo (1909-1980), destacada cultora de la literatura infantil y juvenil, y María Rosa Macedo (1909-1991). Cabe agregar al dramaturgo y también poeta Juan Ríos (1914-1991).

Numerosos autores se mantienen en posiciones emergentes. Se debe recordar a los poetas Enrique Peña Barrenechea, Xavier Abril, Nicanor de la Fuente, José Alfredo Hernández, Luis Valle Goicochea, Manuel Moreno Jimeno y Vicente Azar. A los narradores Fernando Romero y Francisco Izquierdo Ríos. Por último, a los académicos Estuardo Núñez, Arturo Jiménez Borja y Alberto Tauro del Pino.

1958

Después de ocho años, la dictadura de Odría llegó a su fin en 1956. Una nueva apertura política permitió un amplio acceso al espacio público al aprismo y a nuevas fuerzas

disidentes. Las grandes oleadas migratorias y el crecimiento urbano se intensifican notoriamente. Después de la segunda guerra mundial y durante la guerra de Corea, la sociedad peruana vive tiempos de modernización, cuyas consecuencias son especialmente visibles en el campo intelectual y en particular en el literario. La llamada generación del 50 realiza una importante tarea de puesta al día de la cultura peruana.

Ciro Alegría se constituye en la figura dominante en el campo. Retornado al Perú después de un prolongado exilio, su obra circula por fin ampliamente en el país; los Festivales del Libro (1956-1957), dirigidos por Manuel Scorza, publican su novela mayor, *El mundo es ancho y ajeno* (1941), en un insólito tiraje de 50,000 ejemplares, lo que evidencia el impacto logrado por el autor. Lo acompaña en el polo dominante Luis Alberto Sánchez, el autor más influyente en el campo académico, que ha publicado ya la edición completa de su vasto proyecto historiográfico, *La literatura peruana* (1951). En posiciones cercanas podemos incluir al historiador Raúl Porras Barrenechea, maestro de las juventudes, que ejerció amplia influencia sobre la generación del 50.

En posiciones declinantes cabe situar a los narradores Enrique López Albújar y Ventura García Calderón. Asimismo, a los poetas Martín Adán y Emilio Adolfo Westphalen. Víctor Andrés Belaúnde, que sigue en la presidencia de la Academia Peruana de la Lengua, ocupa un posicionamiento similar. Asimismo, los historiadores Jorge Basadre y Luis E. Valcárcel. Víctor Raúl Haya de la Torre sigue siendo figura central de la política peruana, pero su influencia cultural y literaria ha sufrido un indudable declive, pues a raíz de su evolución ideológica y sobre todo a causa de su pacto con el gobierno de Manuel Prado (la llamada convivencia), el aprismo ve seriamente mermada su influencia en los medios intelectuales y literarios.

En el ámbito de lo residual se puede situar a figuras procedentes de las vanguardias, como Gamaliel Churata, que sigue residiendo en Bolivia, donde publica su obra fundamental y entonces incomprendida, *El Pez de oro* (1957), Alberto Hidalgo, Alejandro Peralta, Magda Portal, Enrique Peña Barrenechea, Xavier Abril y Nicanor de la Fuente. Cabe añadir al narrador Francisco Vegas Seminario, al poeta Alberto Ureta y al filósofo Mariano Iberico.

En curso ascendente, la figura descollante es la de José María Arguedas, que justamente en 1958 publica en Buenos Aires su novela más reconocida, *Los ríos profundos*. De las jóvenes figuras de la generación del 50, algunas ocupan ya posiciones

ascendentes. En primer lugar, Sebastián Salazar Bondy, no solo por su variopinta obra literaria, sino por su influyente labor en la crítica, su activo rol como promotor de la cultura y su liderazgo sobre sus coetáneos. Alejandro Romualdo se constituye en la figura más representativa de la poesía social en la generación del 50, en especial con su reconocido poemario *Edición extraordinaria* (1958), y además publica con Sebastián Salazar Bondy una importante *Antología general de la poesía peruana* (1957).

Manuel Scorza puede ubicarse también en un posicionamiento ascendente, en parte por su valiosa obra poética, pero sobre todo por su importantísima labor como editor. Los Festivales del libro peruano fueron una exitosa empresa editorial que puso a los autores peruanos (y también latinoamericanos) al alcance de un nuevo y vasto público lector; la empresa, más allá de su indudable trascendencia cultural, no logró consolidarse desde el punto de vista empresarial. Sin embargo, tuvo consecuencias decisivas en el replanteamiento del canon literario peruano: en la lírica, Vallejo desplaza a Chocano como poeta nacional, y en la narrativa, el indigenismo se perfila como la orientación dominante, con Ciro Alegría como figura más destacada (García-Bedoya, 2007).

De los nuevos narradores, el que destaca en esos momentos es Enrique Congrains Martín (1932-2009), cuya obra de cuño neorrealista aparecía como el testimonio más intenso de los procesos migratorios y del caótico crecimiento urbano, con su cuentario *Lima, hora cero* (1954) y su novela *No una, sino muchas muertes* (1957). Sin embargo, después de este auspicioso comienzo, abandonó en la práctica la actividad literaria. También en posiciones ascendentes, cabe añadir los nombres de los académicos Aurelio Miró Quesada, Estuardo Núñez, Augusto Tamayo Vargas y Alberto Tauro del Pino; a ellos se puede agregar al más joven Jorge Puccinelli (1920-2012), sobre todo por su rol en la conducción de la importante revista *Letras Peruanas* (1951-1963).

Son numerosas las figuras emergentes que integran la generación del 50. Algunos, además de los ya mencionados, habían iniciado su producción literaria pocos años antes: Javier Sologuren, Gustavo Valcárcel, Jorge Eduardo Eielson (ya establecido definitivamente en Europa). Nuevos actores emergentes son los poetas Efraín Miranda (1925-2015), Blanca Varela (1926-2009), Washington Delgado (1927-2003), Carlos Germán Belli (1927), Juan Gonzalo Rose (1928-1983), Francisco Bendezú (1928-2004) y Pablo Guevara (1930-2006). Hay que añadir al poeta Marco Antonio Corcuera (1917-2009), que impulsó los *Cuadernos trimestrales de poesía* (1941-1980) y promovió el

concurso El Poeta Joven del Perú. Igualmente, los narradores Sara María Larrabure (1921-1962), Eleodoro Vargas Vicuña (1924-1997), considerado uno de los iniciadores de la vertiente neoindigenista, Carlos Eduardo Zavaleta (1928-2011), reconocido pionero de la innovación técnica, y Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). Los jovencísimos aparecen nucleados en la revista *Literatura* (1958-1959): Abelardo Oquendo (1930-2018), Luis Loayza (1934-2018) y Mario Vargas Llosa (1936). En el ámbito académico, las figuras emergentes son Luis Jaime Cisneros (1921-2011) y Alberto Escobar (1929-2000).

A este listado de nuevos escritores cabe añadir un autor algo mayor, Enrique Solari Swayne (1915-1995), uno de los más destacados dramaturgos peruanos, que obtiene un resonante éxito con su pieza *Collacocha* (1956). Una nueva vertiente que surge por entonces es la literatura proletaria, donde destaca el Grupo Intelectual Primero de Mayo (fundado en 1956), con su líder Víctor Mazzi (1925-1989) y el poeta obrero Leoncio Bueno (1920). En una orientación similar se sitúa el narrador Julián Huanay (1907-1969). Es necesario añadir a algunos autores que se mantienen en posiciones emergentes: los poetas Julio Garrido Malaver, José Alfredo Hernández, Luis Nieto, Manuel Moreno Jimeno y Mario Florián; los narradores Arturo Hernández, Francisco Izquierdo Ríos, Cota Carvallo, María Rosa Macedo, Porfirio Meneses y Manuel Robles Alarcón; el dramaturgo y poeta Juan Ríos. Relevante es la figura del librero y editor Juan Mejía Baca (1912-1991).

1968

La década del 60 es para América Latina una época de grandes esperanzas. El anhelo de una modernización acelerada, promovida por el presidente Kennedy desde la Alianza para el Progreso. La expectativa de una inminente revolución social, cuyo referente era la experiencia cubana. En el Perú, los procesos migratorios y el crecimiento urbano se aceleran; las masivas luchas campesinas y las infructuosas intentonas guerrilleras ponen en evidencia el fracaso del orden oligárquico; los intentos fallidos de modernización en democracia darán paso en 1968 al gobierno militar reformista de Velasco Alvarado.

Muerto Ciro Alegría en 1967, la figura más representativa del indigenismo era sin duda José María Arguedas, que pasa a constituirse en el actor dominante en el campo

literario peruano (apenas al año siguiente se producirá su trágico suicidio). La prominencia de Arguedas no se debía exclusivamente a la calidad de su producción narrativa, sino también a su incansable actividad de difusor de la cultura andina, que adquiriría una nueva visibilidad nacional gracias a las oleadas migratorias y las luchas campesinas. A su importante obra periodística, educativa y antropológica añadió Arguedas la decisión de escribir algunas de sus obras en quechua, en especial poesía, por ejemplo, “Tupac Amaru kamaq taytanchisman: Haylli-Taki / A nuestro padre creador Tupac Amaru: Himno-canción” (1962), pero también el relato “Pongoq mosqoynin / El sueño del pongó” (1965).

El indigenismo, en su variante neindigenista, seguía dominando el horizonte de expectativas del público lector, pero un sector de la crítica comenzaba a cuestionar su apego a modalidades que se consideraban desfasadas del arte de narrar. En América Latina, los escritores del *Boom* parecían representar el triunfo de esa modernidad narrativa, y el éxito internacional ya los acompañaba. El joven Mario Vargas Llosa era la figura representativa de ese explosivo ascenso: con apenas 32 años era ya autor de dos novelas muy aplaudidas, *La ciudad y los perros* (1963) y *La casa verde* (1966), novela esta última que además había sido galardonada con la primera entrega del Premio Rómulo Gallegos, sin duda en ese momento el de mayor resonancia en Hispanoamérica. Publicado por una gran editorial española como Seix Barral, en menos de 10 años dio el salto de impulsor de una modesta revista de jóvenes escritores, *Literatura* (1958-1959), a estrella rutilante de la República Mundial de las Letras. A pesar de su juventud, se ubica ya en el polo dominante del campo literario nacional y latinoamericano.

En posiciones cercanas cabe situar a Emilio Adolfo Westphalen, en su rol de promotor de la revista *Amaru* (1967-1971), que lidera los esfuerzos renovadores en la literatura peruana y que dio tribuna a muchos de los nombres emergentes de la época. Luis Alberto Sánchez sigue siendo reconocido como figura fundamental de la crítica e historia literaria y además ocupa posiciones de autoridad en el ámbito académico. Lo acompaña en una posición similar Augusto Tamayo Vargas, cuyos trabajos críticos e historiográficos siguen modelos análogos, pero que no tiene que enfrentar las resistencias que su prominente militancia aprista y sus confrontaciones con el movimiento estudiantil concitan en torno a la figura de Sánchez.

En posiciones declinantes conviene situar al poeta Martín Adán y al dramaturgo Enrique Solari Swayne, que nunca logró repetir el éxito de *Collacocha*. Igualmente, a actores del espacio académico, como Aurelio Miró Quesada, Estuardo Núñez, Alberto Tauro del Pino o Jorge Puccinelli; asimismo, figuras como los historiadores Luis E. Valcárcel y Jorge Basadre o el político Víctor Raúl Haya de la Torre. En ubicaciones residuales cabe situar a autores ligados a las vanguardias históricas, como Gamaliel Churata, ya de regreso de Bolivia, pero que muere casi olvidado al año siguiente, Alejandro Peralta, Magda Portal, Enrique Peña Barrenechea, Xavier Abril o Nicanor de la Fuente. Los también poetas Julio Garrido Malaver, Luis Nieto, Manuel Moreno Jimeno o Mario Florián. Narradores como Arturo Hernández, Francisco Izquierdo Ríos, María Rosa Macedo, Porfirio Meneses y Manuel Robles Alarcón. El dramaturgo Juan Ríos.

Algunos integrantes de la generación del 50 ocupan un posicionamiento claramente ascendente. En primer lugar, Julio Ramón Ribeyro, cuya obra cuentística va ganando amplio consenso. De los nuevos narradores, el que más destaca es Oswaldo Reynoso (1931-2016), que debutó como poeta, y cuyas primeras obras narrativas, el cuentario *Los inocentes* (1961) y la novela *En octubre no hay milagros* (1965), causaron revuelo y gran controversia en el pacato medio limeño. Cabe destacar enseguida al poeta Manuel Scorza, por su importante actividad al frente de los Populibros (1963-1965), otro proyecto editorial bastante exitoso a nivel del público, pero que se saldó con un nuevo fracaso empresarial, que le valdrá además múltiples y sólidas enemistades en los medios literarios.

En cuanto a la poesía, en curso ascendente resaltan representantes de las dos vertientes que se suele distinguir en la poesía de la generación del 50, la “social” y la “pura”, respectivamente Alejandro Romualdo y Javier Sologuren, que desarrolló además una importante labor desde su editorial La Rama Florida. Por el lado académico, destaca Alberto Escobar, gracias a su actividad docente, sus estudios especializados y sus muy influyentes antologías *La narración en el Perú* (1956 y 1960) y *Antología de la poesía peruana* (1965 y 1973). Cabe añadir al académico y lingüista Luis Jaime Cisneros y al crítico literario Abelardo Oquendo.

Son numerosos los nuevos actores emergentes. A los jóvenes poetas se les suele englobar bajo el rótulo de generación del 60; varios de ellos fueron incluidos en la antología *Los nuevos* (1967) preparada por Leonidas Cevallos, y publicaron sus primeros

textos en diversas revistas del momento, entre las que destacó *Estación reunida* (1966-1968). Algunos nombres que cabe resaltar son los de César Calvo (1940-2000), Luis Hernández (1941-1977), Rodolfo Hinostroza (1941-2016), Antonio Cisneros (1942-2012), Marco Martos (1942) y Juan Ojeda (1944-1974), a los que se debe agregar al poeta y crítico literario Raúl Bueno (1944). Algo mayores son los poetas Yolanda de Westphalen (1925-2011), José Ruiz Rosas (1928-2018) y Arturo Corcuera (1935-2017), a los que conviene añadir al popular decimista afroperuano Nicomedes Santa Cruz (1925-1992).

De los nuevos narradores, es oportuno resaltar nombres como los de Antonio Gálvez Ronceros (1932-2023), Edgardo Rivera Martínez (1933-2018) y el más joven de ellos, Alfredo Bryce Echenique (1939); asimismo, a Miguel Gutiérrez (1940-2016), principal promotor, junto a Oswaldo Reynoso, de la importante revista *Narración* (1966-1974). En el ámbito académico resaltan los nombres de José Miguel Oviedo (1934-2019), Antonio Cornejo Polar (1936-1997), Julio Ortega (1942), a quienes se debe añadir a Francisco Carrillo (1925-1999), que además de autor de una variada obra literaria, destaca como editor de la importante y longeva revista de poesía *Harawi* (1963-1999).

En cuanto a los actores que se mantienen en posiciones emergentes, se debe recordar a los narradores Eleodoro Vargas Vicuña, Carlos Eduardo Zavaleta y al también ensayista Luis Loayza. Por el lado de la poesía, a Leoncio Bueno, Jorge Eduardo Eielson (quizá más dedicado por entonces a su obra plástica), Blanca Varela, Wáshington Delgado, Carlos Germán Belli, Juan Gonzalo Rose, Francisco Bendezú y Pablo Guevara. Además de continuar con sus *Cuadernos Trimestrales de poesía*, el poeta Marco Antonio Corcuera publica por entonces los *Cuadernos semestrales de cuento* (1967-1969).

1978

El gobierno militar presidido por Juan Velasco Alvarado implementó una reforma agraria que significó el fin del gamonalismo, de los remanentes del feudalismo andino, poniendo así término a la prolongada agonía del viejo orden oligárquico. Aunque desde un esquema autoritario, llevó adelante una serie de reformas sociales que beneficiaron a importantes sectores populares, especialmente del campo, y fortaleció el rol del estado, creando

múltiples empresas públicas en diversas áreas de la actividad económica. El gobierno, que se autoproclamaba revolucionario, permitió una amplia apertura ideológica, y favoreció la divulgación de ideas de avanzada, progresistas y socialistas. Incluso proclamó al quechua como lengua oficial, al lado del castellano o español. Numerosos intelectuales de izquierda o cercanos a esas ideas accedieron a posiciones de importancia en el aparato estatal, y en particular en las instituciones del campo cultural, en las que lograron ubicaciones muy influyentes. En 1975, un golpe interno desplazó a Velasco, que fue sustituido en la conducción del régimen por el también general Francisco Morales Bermúdez. La llamada segunda fase del gobierno de las fuerzas armadas significó un giro conservador, puso un alto a las reformas y revirtió algunas. Las políticas de duro ajuste económico que implementó provocaron una fuerte respuesta del movimiento social, que alcanzó su cúspide en un gran paro nacional en 1977. La dictadura respondió con duras medidas represivas y con el despido masivo de las dirigencias sindicales, pero tuvo que anunciar una apertura política, con la inmediata convocatoria a una Asamblea Constituyente, instalada en 1978 bajo la presidencia de Haya de la Torre, y a posteriores elecciones generales, que tendrían lugar en 1980.

Mario Vargas Llosa culminaba hacia ese año su evolución político-ideológica, desde una primigenia simpatía por las ideas socialistas y la revolución cubana, hacia una tajante e irreversible ruptura con esta, desencadenada en especial por el llamado “caso Padilla”, y una adopción intransigente de las ideas del liberalismo político y económico. Aunque ese rápido y para muchos sorprendente giro le ganó múltiples enemigos en un campo intelectual en el que prevalecían las ideas de izquierda, y aunque sus obras más recientes generaron amplia controversia, su posición dominante se sostuvo gracias a su inapelable fama internacional y al vasto capital simbólico acumulado desde sus primeros éxitos novelísticos.

Sin la resonancia internacional del narrador arequipeño, Julio Ramón Ribeyro alcanzaba ya un casi unánime reconocimiento nacional, sobre todo por su variada producción cuentística. Un narrador más joven, Alfredo Bryce, que ya había obtenido cierto reconocimiento por sus cuentos juveniles, logró una pronta consagración nacional con su muy aplaudida novela *Un mundo para Julius* (1971). Celebrada como un epitafio de la vieja oligarquía, y el propio Velasco suscribió entonces esa opinión, la novela ha seguido gozando de las preferencias del público lector; en años posteriores alcanzó

incluso el reconocimiento como mejor novela peruana de todos los tiempos, en una encuesta en la que se consultó a numerosos críticos y escritores.

En la poesía, se puede ubicar en posiciones dominantes a Antonio Cisneros, galardonado a muy temprana edad con el premio de poesía de la cubana Casa de las Américas (1968), que detentaba entonces una fuerza consagratoria indiscutible. Cisneros representaba cabalmente las orientaciones dominantes en los jóvenes poetas de los años 60, en especial su apertura a nuevas vertientes, sobre todo de la lírica anglosajona. Muy cerca personal y estéticamente a Vargas Llosa, cabe situar en el polo dominante del campo a los críticos José Miguel Oviedo, el más influyente en la prensa peruana, pues ejerció durante años la crítica literaria desde las páginas de *El Comercio*, editor además de la importante selección de jóvenes poetas *Estos trece* (1973), y que por entonces se había instalado ya en el mundo académico de los Estados Unidos; y a Abelardo Oquendo, compañero de Vargas Llosa desde sus juveniles empresas intelectuales, también activo en la crítica periodística, editor (junto a Mirko Lauer) de la influyente selección poética *Vuelta a la otra margen* (1970) e impulsor de la editorial Mosca Azul (también con Lauer). En los espacios académicos cabe asimismo situar en posiciones dominantes a Alberto Escobar y a Luis Jaime Cisneros. Por último, figuras mayores conservan todavía posiciones de privilegio, sobre todo por su obra historiográfica: Luis Alberto Sánchez y Augusto Tamayo Vargas.

En trayectorias declinantes se puede situar a los poetas Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson y Alejandro Romualdo, cuya poesía, encasillada bajo el rótulo de lo social, había perdido resonancia en los medios literarios. También al académico Estuardo Núñez. Asimismo, a figuras intelectuales como Jorge Basadre, Luis E. Valcárcel y Víctor Raúl Haya de la Torre.

En el polo residual conviene ubicar a los poetas Magda Portal, Enrique Peña Barrenechea, Xavier Abril, Luis Nieto, Manuel Moreno Jimeno, Mario Florián, Gustavo Valcárcel, Nicomedes Santa Cruz, Víctor Mazzi, que publica su antología *Poesía proletaria del Perú* (1976) y José Ruiz Rosas. Igualmente, a los narradores Francisco Izquierdo Ríos, Porfirio Meneses, Manuel Robles Alarcón y Eleodoro Vargas Vicuña. También al dramaturgo Enrique Solari Swayne. Finalmente, a los académicos Aurelio Miró Quesada, Alberto Tauro del Pino y Jorge Puccinelli.

Entre las figuras ascendentes en el campo literario cabe mencionar a algunos de los poetas más reconocidos de la generación del 50, como Javier Sologuren, animador (junto a Ricardo Silva Santisteban y Amando Rojas) de la revista literaria *Creación y crítica* (1971-1977), Blanca Varela, Wáshington Delgado, también influyente en el ámbito académico, Carlos Germán Belli y Juan Gonzalo Rose, autor también de letras de populares melodías criollas. De los poetas surgidos en los años 60 se puede mencionar en estas posiciones a César Calvo, Rodolfo Hinostroza o Marco Martos.

En cuanto a los narradores, se debe destacar en un posicionamiento ascendente a Manuel Scorza, que luego de sus importantes logros como poeta y editor, incursionó con mucho éxito internacional en la novela, lo que se corrobora con la gran cantidad de traducciones (es hasta la actualidad el segundo autor peruano más traducido, solo después de Mario Vargas Llosa). Publicadas las cuatro primeras obras de su pentalogía *La guerra silenciosa*, de las que la primera, *Redoble por Rancas* (1971), fue (y sigue siendo) la más reconocida, se proponía deliberadamente competir con Vargas Llosa en la República Mundial de las Letras y desafiar su hegemonía en el campo literario peruano. La fortuna le sonrió en cuanto a la recepción del público, en especial europeo. En el Perú, la crítica de las diversas tendencias le fue en vida casi unánimemente hostil, por lo que cabe hablar en su caso de una conspiración del silencio que perjudicó la difusión y la consagración de su obra. Con el paso de los años, se fue imponiendo la justa canonización de su ciclo novelístico.

En la crítica literaria, se puede ubicar en un curso ascendente a Julio Ortega, que publicó la selección *Imagen de la literatura peruana* (1971), establecido ya entonces en la academia norteamericana, y muy afín a las poéticas del *Boom*, y a Antonio Cornejo Polar, director de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (desde 1975 hasta su muerte) que congregaba a quienes buscaban afirmar la autonomía conceptual de la teoría y la crítica literarias de Nuestra América, y que en sus trabajos académicos buscaba correlacionar el análisis textual con la atención a los contextos socioculturales.

Son numerosas las nuevas figuras destacables en el polo emergente del campo. Entre los poetas Cecilia Bustamante (1932-2006), Ricardo Silva Santisteban (1941), Hildebrando Pérez (1941), uno de los impulsores de la revista *Hipócrita lector*, Juan Cristóbal (seudónimo de José Pardo del Arco, 1941), Manuel Morales (1943-2008), Armando Rojas (1945-1986), José Watanabe (1946-2007), Abelardo Sánchez León

(1946) y Mirko Lauer (1947). Tuvo gran resonancia el grupo poético Hora Zero, de talante beligerante e iconoclasta, que enjuició con dureza a la poesía peruana, en especial a sus inmediatos predecesores de los 60; una selección de su poesía fue publicada por Manuel Velázquez Rojas, *El corazón del fuego: Hora Zero* (1972); sus representantes más connotados eran Jorge Pimentel (1944), Juan Ramírez Ruiz (1946-2007) y Enrique Verástegui (1950-2018).

En cuanto a los narradores, se recordará a Marcos Yauri Montero (1930), José Adolph (1933-2008), José Antonio Bravo (1937-2016), Laura Riesco (1940-2008), Luis Urteaga Cabrera (1940-2020), Eduardo González Viaña (1941), Gregorio Martínez (1942-2017), Isaac Goldemberg (1945), Harry Belevan (1945), autor también de una pionera *Antología del cuento fantástico peruano* (1977), Augusto Higa (1946-2023) y Fernando Ampuero (1949). Hay que mencionar también al dramaturgo Alonso Alegría (1940). En el quehacer académico resaltan Armando Zubizarreta (1935) y Tomás Escajadillo (1939-2022). En la crítica periodística comienza a tener un rol de creciente importancia el también poeta Ricardo González Vigil (1949). Cabe añadir a José Muñoz Rodríguez, que funda en 1968 PEISA, que llegará a ser quizá la más influyente editorial peruana, y a Humberto Damonte, librero y editor que funda en el mismo año la editorial Horizonte.

En lo relativo a los que se mantienen en posiciones emergentes, se mencionará a los poetas Leoncio Bueno, Efraín Miranda, José Ruiz Rosas, Pablo Guevara y Arturo Corcuera. Igualmente, a los narradores Carlos Eduardo Zavaleta, Antonio Gálvez Ronceros, Edgardo Rivera Martínez y Miguel Gutiérrez. Finalmente, en la crítica literaria, a Francisco Carrillo y a Raúl Bueno. Hay que añadir a Oswaldo Reynoso, que vio menoscabada la expectante posición alcanzada con sus obras de los años 60.

1988

El Perú atraviesa entonces una de las coyunturas más difíciles de su historia. La guerra interna desencadenada por Sendero Luminoso en 1980 alcanzaba máximos niveles de ferocidad. El campesinado, principalmente quechuahablante, sufría la violencia de los dos bandos en pugna. En las ciudades, reiterados atentados terroristas causaban zozobra en la

población. Si bien se logró preservar la institucionalidad democrática, el deterioro económico alcanzaba niveles extremos, con una hiperinflación de proporciones cataclísmicas. Como producto de esos eventos traumáticos, el tejido social quedó irremediabilmente dañado. Bajo el liderazgo de Alan García, el Partido Aprista logró por primera vez acceder al gobierno, pero su errática conducción económica ahondó el deterioro. La izquierda legal, que ya había logrado una importante presencia en la Asamblea Constituyente, agrupada luego en la alianza Izquierda Unida, había ganado la alcaldía de Lima y ocupado el segundo lugar en las elecciones presidenciales de 1985. La estatización de la banca, improvisada por el gobierno de Alan García para enfrentar la crisis, provocó la reacción enérgica de las fuerzas de derecha, que se terminaron aglutinando en torno al movimiento Libertad, impulsado por el escritor Mario Vargas Llosa, que se perfilaba ya como su candidato presidencial, con grandes posibilidades de éxito.

Si bien su controversial rol en la política acrecentó sin duda el número de sus detractores, la posición dominante de Vargas Llosa en el campo literario nacional estaba firmemente asentada y reafirmada por su prestigio internacional. En posiciones cercanas se mantenían las figuras de Julio Ramón Ribeyro y Alfredo Bryce. Igualmente, el poeta Antonio Cisneros, que además desarrolló una importante labor periodística, sobre todo desde *El caballo rojo* (1980-1983), suplemento cultural del izquierdista *Diario de Marka*. En el área de la crítica, se puede ubicar en el polo dominante a Abelardo Oquendo, activo en el periodismo y la edición, a Ricardo González Vigil, figura mayor (y casi única) de la crítica periodística peruana, a Julio Ortega, muy influyente en la crítica literaria a nivel latinoamericano y al académico Luis Jaime Cisneros. Por su parte, la solidez de su aporte intelectual le había ganado a Antonio Cornejo Polar (recientemente establecido en Estados Unidos) una situación dominante en el medio académico nacional.

En un curso declinante cabe situar a poetas como Emilio Adolfo Westphalen, Javier Sologuren, Jorge Eduardo Eielson, Alejandro Romualdo, Wáshington Delgado, Carlos Germán Belli y Arturo Corcuera. Igualmente, a los académicos Luis Alberto Sánchez, Estuardo Núñez, Alberto Escobar y José Miguel Oviedo. En posiciones residuales se debe ubicar a los poetas Manuel Moreno Jimeno, Vicente Azar, Juan Ríos o Cecilia Bustamante. Asimismo, a los narradores Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez, cuya obra resultó opacada por sus largos años de residencia en China. También a los académicos

Aurelio Miró Quesada, Augusto Tamayo Vargas, Alberto Tauro del Pino, Jorge Puccinelli y Francisco Carrillo.

En curso ascendente se sitúan los poetas Blanca Varela, Pablo Guevara, vate de los 50, pero muy admirado por los más jóvenes, Rodolfo Hinostroza, Marco Martos, Jorge Pimentel, Mirko Lauer, principal promotor de la importante revista *Hueso Húmero* (1979-actualidad) y Enrique Verástegui. Igualmente, los narradores Carlos Eduardo Zavaleta, Edgardo Rivera Martínez, Luis Loayza, que retoma el relato luego de largos años, y Gregorio Martínez. Hay que añadir al poeta César Calvo, que había publicado la más importante novela amazónica peruana, *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981).

En el polo emergente cabe destacar a numerosas nuevas figuras. Entre los poetas, Jorge Nájjar (1945), Tulio Mora (1948-2019), Carlos López Degregori (1952), Oswaldo Chanove (1953), que impulsa en Arequipa la revista *Ómnibus* (1977-1984), Mario Montalbetti (1953), Roger Santibáñez (1956), que se inició en el grupo La Sagrada Familia, pasó luego por Hora Zero (segunda fase) y fue después uno de los fundadores de Kloaka, Pedro Escribano (1957), Alonso Ruiz Rosas (1959), arequipeño y que también participó en *Ómnibus*, Eduardo Chirinos (1960-2016), Domingo de Ramos (1960) y José Antonio Mazzotti (1961). Adquiere gran importancia en esa década la poesía escrita por mujeres. El referente mayor fue Carmen Ollé (1947), que había participado en el grupo Hora Zero, y cuyo poemario *Noches de adrenalina* (1981) marcó un hito insoslayable. Otras importantes voces femeninas son las de Giovanna Pollarollo (1952), también narradora y destacada guionista de cine, Mariella Dreyfus (1960), Rosella Di Paolo (1960), Patricia Alba (1961) y Rocío Silva Santisteban (1963). Diversos grupos poéticos estuvieron activos por esos años, pero el que más resonancia alcanzó fue sin duda el grupo Kloaka, en el que participaron, entre otros, Roger Santibáñez, José Antonio Mazzotti, Domingo de Ramos y Mariella Dreyfus. Cabe agregar aquí al polifacético escritor, poeta en castellano y aimara, José Luis Ayala (1942).

En un posicionamiento emergente aparecen también los narradores Carlos Calderón Fajardo (1946-2015), Óscar Colchado (1947-2023), Cronwell Jara (1949), Siu Kam Wen (1951), Alonso Cueto (1954), Guillermo Niño de Guzmán (1955), Óscar Malca (1958), también poeta y periodista, Dante Castro (1959), Mario Bellatín (1960) y Jorge Valenzuela (1962). Aunque con menos ímpetu que en la poesía, aparecen también voces femeninas, entre las que destaca Pilar Dughi (1956-2006).

Múltiples autores se mantienen en posiciones emergentes. Entre ellos los poetas Efraín Miranda (en una nueva y más original etapa de su producción), Ricardo Silva Santisteban, Hildebrando Pérez, Juan Cristóbal, Manuel Morales, Juan Ramírez Ruiz, José Watanabe y Abelardo Sánchez León. Igualmente, los narradores Marcos Yauri Montero, Antonio Gálvez Ronceros, José Adolph, José Antonio Bravo, Laura Riesco, Eduardo González Viaña, Isaac Goldemberg, Harry Belevan, Augusto Higa y Fernando Ampuero. Asimismo, el dramaturgo Alonso Alegría y los académicos Tomás Escajadillo y Raúl Bueno.

1998

Para sorpresa de muchos, el candidato del *establishment*, Mario Vargas Llosa, perdió las elecciones presidenciales de 1990 ante el casi desconocido Alberto Fujimori. Aunque dijo lo contrario en campaña, el candidato victorioso aplicó un programa de shock que permitió, a un elevado costo social, estabilizar la situación económica. Luego de dar un autogolpe para instalar un régimen autoritario, Fujimori pasó a implementar algunas de las líneas maestras del modelo económico neoliberal que preconizaba el llamado “consenso de Washington”, hegemónico a nivel mundial luego de la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la propia Unión Soviética. En paralelo, la guerra interna llegó a su fin con la clara derrota de los grupos alzados en armas. Reelegido con facilidad en 1995, Fujimori, que aún gozaba de importante respaldo electoral, estaba en 1998 enfrascado en preparar su ilegal re-reelección.

A pesar del duro golpe que significó su derrota electoral, se puede afirmar que Vargas Llosa, que había retornado a residir en Europa y que incluso había adoptado la nacionalidad española, en parte para protegerse de la indudable hostilidad del fujimorismo, continuó siendo la figura dominante en el campo literario peruano, amparado en su incólume prestigio internacional y en el reconocimiento de un amplio sector de los medios literarios, de la crítica y del público lector en el país. A pesar de la distancia física, y durante algunos años incluso emocional, del Perú, las tomas de posición de Vargas Llosa y sus redes de influencia seguían teniendo un amplio impacto en el medio literario nacional. Lo seguían acompañando en el polo dominante del campo el novelista Alfredo Bryce, el poeta Antonio Cisneros, el académico Luis Jaime Cisneros, los críticos

Julio Ortega y Ricardo González Vigil, muy activo en la crítica periodística y autor de importantes antologías del cuento y la poesía. Hay que añadir al poeta Mirko Lauer, muy influyente desde la revista *Hueso Húmero* y la editorial Mosca Azul, así como desde sus columnas periodísticas.

En trayectoria declinante cabe ubicar a los poetas Jorge Eduardo Eielson, Blanca Varela, Wáshington Delgado, también influyente en los medios académicos, Carlos Germán Belli, Rodolfo Hinostroza, Jorge Pimentel y Enrique Verástegui. Igualmente, al narrador y ensayista Luis Loayza, así como a los críticos Alberto Escobar, Abelardo Oquendo y José Miguel Oviedo.

En posiciones residuales se sitúan los poetas Emilio Adolfo Westphalen, Javier Sologuren, Efraín Miranda, Yolanda de Westphalen, Alejandro Romualdo, José Ruiz Rosas, Arturo Corcuera, César Calvo, Hildebrando Pérez, Manuel Morales, Juan Ramírez Ruiz y Abelardo Sánchez León. Asimismo, los narradores Marcos Yauri, José Antonio Bravo, Eduardo González Viaña, Carlos Calderón Fajardo y Augusto Higa. Finalmente, el dramaturgo Alonso Alegría, y los críticos Estuardo Núñez, Jorge Puccinelli y Francisco Carrillo.

En trayectoria ascendente cabe destacar en primer lugar al poeta José Watanabe, que alcanzaba un reconocimiento cada vez más unánime. Luego a los poetas y académicos Ricardo Silva Santisteban, que desarrolla una notable actividad editorial, y Marco Martos. Igualmente, los poetas Tulio Mora y Carmen Ollé, que incursiona también en la narrativa, y que se posiciona como gran referente de la escritura femenina. Se debe agregar al poeta y académico Raúl Bueno, que asume la dirección de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* al fallecer su fundador, Antonio Cornejo Polar. Las nuevas obras que publican los narradores Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez, ya reinstalados en el país, los sitúa como figuras en marcado ascenso, después de algunos años de menor visibilidad. En trayectoria similar se ubican Carlos Eduardo Zavaleta, Antonio Gálvez Ronceros, Edgardo Rivera Martínez, Gregorio Martínez y el más joven Alonso Cueto.

Un caso especial de autor en curso ascendente es el de Mario Bellatín, que consigue general reconocimiento sobre todo con su *nouvelle* de 1994 *Salón de belleza*, y que optará por seguir su carrera literaria en México, adoptando dicha nacionalidad. Otro muy diferente, novedoso en el Perú, es el de Jaime Bayly (1965), figura mediática que alcanzó el estrellato televisivo, pero también escritor en sus comienzos afín a las redes

vargasllosianas, que supo aprovechar muy bien el escándalo causado por su prosa desenfadada y por la temática provocadora (para el gusto pacato de una lectoría masiva poco familiarizada con la tradición literaria) de muchas de sus novelas.

Entre los autores que se mantienen en posiciones emergentes cabe mencionar a los poetas Carlos López Degregori, Giovanna Pollarollo, Oswaldo Chanove, Mario Montalbetti, Roger Santibáñez, Alonso Ruiz Rosas, Eduardo Chirinos, Mariella Dreyfus, Domingo de Ramos, Rosella Di Paolo, José Antonio Mazzotti, Patricia Alba y Rocío Silva Santisteban, así como al poeta en castellano y aimara, José Luis Ayala (1942). En un posicionamiento análogo se ubican los narradores Óscar Colchado, Cronwell Jara, Guillermo Niño de Guzmán, Pilar Dughi, Óscar Malca, Dante Castro y Jorge Valenzuela. Igualmente, el académico Tomás Escajadillo. En cuanto a los escritores más recientes que emergen en el panorama literario, se podría mencionar a muchos, pero se recordará al menos a los poetas Carlos Oliva (1960-1994), fundador del grupo Neón, Roxana Crisólogo (1966) y Miguel Ildefonso (1970), así como a los narradores Jorge Ninapayta (1957-2014), Fernando Iwasaki (1961), Jorge Eduardo Benavides (1964) e Iván Thays (1968).

En las dos últimas décadas del siglo, la actividad literaria se intensifica notablemente en varias ciudades de diversas regiones del país. Por ello, la lista de escritores emergentes debería incrementarse con autores del interior que alcanzan visibilidad hacia la década del 90. Lo que sigue es apenas un muestrario que requiere ser afinado y completado. Vale anotar que varios de los autores que se van a nombrar habían iniciado su trayectoria desde años previos y que muchos harán buena parte de su carrera fuera de su región de origen, con frecuencia en Lima y/o en el exterior. Piura: Armando Arteaga (1952) y Dimas Arrieta (1964). Cajamarca: Luzmán Salas (1941) y Alfredo Pita (1948). Loreto: Roger Rumrill (1938), Arnaldo Panaifo Texeira (1948-2005), Carlos Reyes (1962) y Ana Varela (1963). La Libertad: Gonzalo Espino (1956) y Beethoven Medina (1960). Ancash: Macedonio Villafán Broncano (1949) y Luis Fernando Cueto (1964). Huánuco: Samuel Cárdich (1947). Junín: Nicolás Matayoshi (1949). Huancavelica: Zein Zorrilla (1951). Ayacucho: Julián Pérez (1954) y Sócrates Zuzunaga (1954). Arequipa: Teresa Ruiz Rosas (1956), José Gabriel Valdivia (1958) y Luzgardo Medina (1959-2015). Puno: Feliciano Padilla Chalco (1944-2022), Omar Aramayo (1947) y Boris Espezúa (1960). Cuzco: Enrique Rosas Paravicino (1948), Luis Nieto

Degregori (1955), Mario Guevara Paredes (1956), director de la revista *Sieteculebras*, y Odi Gonzales (1962), también poeta destacado en quechua.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANGENOT, M. (1989). L'histoire en coupe synchronique : littérature et discours social. En C. Moisan (Dir.), *L'Histoire littéraire. Théories, méthodes, pratiques* (pp. 57-75). Presses de l'Université Laval.

BOURDIEU, P. (1989-1990). El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método. *Criterios*, (25/28), 20-42.

BOURDIEU, P. (1992). *Les Règles de l'Art. Genèse et structure du champ littéraire*. Seuil.

CORNEJO POLAR, A. (1989). *La formación de la tradición literaria en el Perú*. CEP.

CORNEJO POLAR, A. (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Horizonte.

DELGADO, W. (1980). *Historia de la literatura republicana*. Rikchay Perú.

DENEGRI, F. (2004). *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Centro de la Mujer Flora Tristan/Instituto de Estudios Peruanos.

ESCAJADILLO, T. (1994). *La narrativa indigenista peruana*. Amaru Editores.

ESPINO, G. (2004). *Adolfo Vienrich. La inclusión andina y la literatura quechua*. Universidad Ricardo Palma/Editorial Universitaria.

GARCÍA-BEDOYA, C. (2000). *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

GARCÍA-BEDOYA, C. (2007). El canon literario peruano. *Letras*, 78(113), 7-24.

GARCÍA-BEDOYA, C. (2021a). *Hacia una historia literaria integral*. Universidad Veracruzana.

GARCÍA-BEDOYA, C. (2021b). La trayectoria del modernismo peruano: Una perspectiva historiográfica. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (94), 279-300.

GARCÍA-BEDOYA, C. (2023). *Para una periodización de la literatura peruana*. Pakarina/Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM.

JAUSS, H. R. (1978). *Pour une esthétique de la réception*. Gallimard.

- MARIÁTEGUI, J. C. (1977). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta. (Trabajo original publicado en 1928).
- MOSTAJO, F. (1948). Los modernistas peruanos. *San Marcos*, II(5), 143-155. (Trabajo original publicado en 1896).
- RAMA, A. (1970). *Rubén Darío y el Modernismo*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.
- RAMA, A. (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte.
- RIVA-AGÜERO, J. de la. (1962). *Carácter de la literatura del Perú independiente. Obras completas I*. Pontificia Universidad Católica. (Trabajo original publicado en 1905).
- SOBREVILLA, D. (1980). Las ideas en el Perú contemporáneo. En F. Silva Santisteban (Ed.), *Historia del Perú XI* (pp. 113-415). Mejía Baca.
- VIALA, A. (1989). Pour une périodisation du champ littéraire. En C. Moisan (Dir.), *L'Histoire littéraire. Théories, méthodes, pratiques* (pp. 93-103). Presses de l'Université Laval.
- WILLIAMS, R. (1977). *Marxism and literature*. Oxford University Press.

CONFLICTO DE INTERESES

El autor no presenta conflicto de intereses.

FINANCIAMIENTO

Autofinanciada